

**Sigmund FREUD (1927c)**  
***El porvenir de una ilusión (1927)***  
***(Die Zukunft einer Illusion)***<sup>1</sup>

(Presentación, traducción y notas de Juan Bauzá)

## Presentación

*Freud comenzó a escribir esta obra en la primavera europea de 1927, la terminó en el mes de septiembre de ese año y fue publicada en noviembre por la Internationaler Psychoanalytischer Verlag. Se trata de una obra llena de ironía y de la sabiduría de la vida de un hombre que se decide a afrontar los últimos años de su existencia y que pretende compartir con quien quiera escucharlo alguna de las cosas esenciales que la vida le ha enseñado, que a nuestro entender está en la línea de esa preguntas fundamentales que Kant formula en su Crítica de la razón pura y que el ser humano tiende a olvidar o a responder demasiado precipitada o irrazonablemente: “¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo esperar? ¿Qué es el hombre, si este tiene algún sentido?” Estas preguntas no tienen que llevar necesariamente a una Moral religiosa y pueden llevar, como es el caso en Freud, a una Ética laica, y si las aplicamos al psicoanálisis y a sus consecuencias conducirnos a una Ética del psicoanálisis a la que Lacan dedicará un seminario fundamental, su opus VII en el curso 1959-1960. Freud dedicará tres escritos fundamentales al tema: este Porvenir de una ilusión, que presentamos aquí, El malestar en la Cultura y la correspondencia abierta con Einstein titulada: ¿El por qué de la guerra?*

*Aquí Freud nos ofrece una profesión de fe en el laicismo, el cientifismo y el racionalismo, que como dirá dan cuenta de su posición y no podrían confundirse con lo que es fundamentalmente un método de investigación sui generis: el psicoanálisis.*

*En esta obra Freud califica a la religión de neurosis obsesiva colectiva de la humanidad, por no hablar en algunos casos de delirio colectivo. Según Freud se trata de superar esa neurosis social del mismo modo que el niño con suerte supera su neurosis infantil en el transcurso de su desarrollo, para favorecer el desarrollo de la humanidad Freud pone su esperanza en la primacía de la ciencia, la única disciplina que califica como no ilusoria en relación con la verdad. Por otra parte, Freud dialoga con un interlocutor imaginario, en el que puede reconocerse a su amigo y corresponsal, el pastor protestante Oskar Pfister, centrándose en la cuestión de las relaciones entre psicoanálisis y religión. Freud no pudo evitar afirmar en varias ocasiones su ateísmo, como en “Una vivencia religiosa” (1928a), una respuesta a un joven médico norteamericano que le había participado de su experiencia religiosa<sup>2</sup>. Recordemos también que en un artículo anterior: “Acciones obsesivas y prácticas religiosas” (1907b), Freud establece una aproximación entre los rituales de la neurosis obsesiva y el ceremonial de los ritos religiosos. A continuación retoma la cuestión de la religión*

---

<sup>1</sup> Tomamos la versión original de la edición de 1974 de los *Studienausgabe*, vol IX, S. Fischer Verlag, p. 135-189. Para nuestra versión hemos tenido en cuenta las dos traducciones al castellano anteriores, la de Luis López-Ballesteros en Biblioteca Nueva, y la de José L. Etcheverry en Amorrortu.

<sup>2</sup> El lector puede encontrar nuestra traducción de esta respuesta de Freud en nuestra web.

en Tótem y tabú (1912-1913a), en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c) donde presenta la estructura de la Iglesia como el prototipo de una masa artificial. Todavía en 1939, poco antes de su muerte volverá sobre el tema en *El hombre Moisés y la religión monoteísta* (1939a).

Cuando Freud redacta *El porvenir de una ilusión* en 1927, se ve llevado por una necesidad interior y el deseo de responder a algunos interrogantes religiosos, en particular los que le había suscitado el escritor francés Romain Rolland. Este autor había escrito en 1919 un *pieza de teatro* titulada: *Liluli*, que era una onomatopeya de "l'illusion", y que había dedicado a Freud en estos términos: "Al destructor de ilusiones, Pr. Dr. Freud". Freud le responde escogiendo para su libro un título que remite a Liluli.

La publicación de *El porvenir de una ilusión* tendrá una repercusión inmediata y desencadenará una serie de vivas controversias que están lejos de concluirse y que han dado lugar a tomas de posición de lo más diverso. La primera de esas controversias y quizá la más famosa de las mismas es la que mantuvo con su amigo el pastor protestante Oskar Pfister, que publicó una respuesta o un comentario al respecto bajo el título: *La ilusión de un porvenir* (1928)<sup>3</sup>. Pfister que defiende su posición religiosa en este artículo, reprocha a Freud su consideración exclusiva de la religión como un derivado psicopatológico, como una defensa, lo que a Pfister le parece reduccionista y estrecho. El fenómeno religioso tomado en su conjunto es algo más complejo. Por otra parte, las opiniones de los dos interlocutores divergen sobre numerosos puntos: Freud opone el psicoanálisis a la religión, mientras que Pfister ve precisamente en el psicoanálisis la posibilidad para el creyente de depurar su neurosis religiosa y el uso espurio de la religión y con ello su fe; Freud considera la religión como la expresión de un infantilismo del ser humano no superado, mientras que Pfister ve en ella uno de sus valores culturales más elevados.

Por lo que se refiere a la Iglesia católica romana, esta tuvo en un principio una actitud desafiante y hostil hacia el psicoanálisis y hacia las posiciones de Freud y, desde la publicación de los Tres ensayos para una teoría de la sexualidad (1905d), denunció lo que consideraba su pansexualismo reductor. Más tarde con la revolución bolchevique, consideró el freudismo tan peligroso como el marxismo, considerando fundamentalmente que estas doctrinas amenazaban a la familia como base de la sociedad. Aunque hostil a las ideas de Freud, sobre todo después de la publicación de *El porvenir de una ilusión*, la Iglesia católica no se pronunciará sin embargo nunca con una condena oficial hacia el psicoanálisis, y expresará más bien su desaprobación a través de tomas de posición individuales como las intervenciones críticas repetidas durante los años 30, del Padre W. Schmidt (Cf. "Der Oedipus-K der freudschen Psychoanalyse und die Ehegestaltung des Bolschevismus. Eine kritische Prüfung ihre ethnologischen Grundlagen", *Nationalwirtschaft*, 2, 1929, 401-436), o la del abad Oraison [Cf. (1950) *La vie chrétienne et le problème de la sexualité*, Paris, Fayard, 1970] en los años 50. Después del concilio Vaticano II, se esbozará una apertura en los años 60, pero una experiencia de psicoterapia psicoanalítica de grupo en el monasterio de Cuernavaca en México terminará con el cierre de este monasterio, pues la mayoría de los monjes decidieron abandonar su celibato y casarse. Ello llevó a una condena de Pablo VI. Pero esta experiencia estuvo en el origen de muchas crisis de fe y de cuestionamiento del celibato, así como de la promoción del respeto de la Iglesia a una laicización del saber.

---

<sup>3</sup> De este artículo existe una traducción francesa en *Revue française de la psychanalyse*, 41, 1977, p. 503-545.

*Suele ser una idea comúnmente aceptada el pensar que todos los psicoanalistas son ateos, al igual que Freud, pero aunque esto es frecuente es un prejuicio que hay que desmentir, no sólo Pfister, G. Zilboorg por ejemplo adoptó posiciones similares (Cf. "The catholic doctor", Psychoanal. Quart., 11, 1942, p. 419-421). En Francia, Maryse Choisy y Françoise Dolto, entre otros psicoanalistas conocidos no ocultaron su fe, y publicaron diversas obras al respecto. Dolto publicó dos obras: (1977-1978) L'évangile au risque de la psychanalyse (Paris, J. P. Delarge) y La foi au risque de la psychanalyse. Dialogue avec G. Séverin (Paris, Seuil, 1981), pero tuvo que enfrentarse a las críticas de sus colegas lacanianos que consideraban que su fe religiosa era el residuo de un análisis personal incompleto.*

*Asimismo Romain Rolland se había interesado en el sentimiento religioso que había puesto en relación con lo que el llama el "sentimiento oceánico". Freud le responderá con Malestar en la cultura, que de algún modo es una continuación del Porvenir. En todo este debate, por otra parte, es interesante seguir la correspondencia entre Freud y estos dos autores: Pfister y Romain Rolland.*

*En definitiva, el debate Psicoanálisis y religión suscita todavía hoy vivas polémicas y es objeto de Jornadas y Congresos regularmente, del mismo modo que la cuestión del psicoanálisis laico con una formación específica independiente de la medicina o de la psicología universitarias.*

*Tanto nuestra traducción de El porvenir de una ilusión, que ofrecemos aquí, como la que seguirá de El malestar en la cultura, que el lector podrá encontrar asimismo en el enlace Textos-Freud ([www.auladepsicoanalisis.com](http://www.auladepsicoanalisis.com)), nos parecen textos de plena actualidad, diríamos incluso que la actualidad los refuerza, de ahí nuestra intención de que figuren en nuestra Web para celebrar en este año 2006 el 150 aniversario del nacimiento de Freud.*

Barcelona, julio 2006.

## I

Todo aquel que ha vivido durante un tiempo suficiente dentro de una determinada cultura (*Kultur*) y se ha planteado repetidamente el problema de cuáles fueron sus orígenes y el desarrollo de la misma, seguramente en algún momento lo tentará orientar su mirada en sentido contrario y preguntarse por el destino futuro que aguarda a esa cultura y los avatares y transformaciones por los que habrá de pasar. Pero pronto advertirá que varios factores restan valor de antemano a semejante indagación. Ante todo, porque son muy pocas las personas capaces de abarcar panorámicamente la actividad humana en sus múltiples facetas, y para la mayoría se ha vuelto necesario circunscribirse a un solo campo o a unos pocos, especializarse; y mientras menos sepa uno sobre el pasado y el presente, tanto más incierto será el juicio que pronuncie sobre el porvenir. En segundo lugar, porque justamente en un juicio de esa índole las expectativas subjetivas del individuo desempeñan un papel en un grado difícil de precisar; y a su vez, estas se muestran dependientes de factores puramente personales, como su propia experiencia, su actitud más o menos optimista ante la vida, determinados por su temperamento, su éxito o su fracaso. Por fin, influye el hecho sorprendente de que, en general, los seres humanos viven su presente con una cierta ingenuidad, sin poder llegar a apreciar o valorar justamente sus contenidos; para ello, primero deberían tomar distancia respecto de él para considerarlo más adecuadamente, vale decir que el presente tiene que convertirse en pasado para que podamos encontrar en él puntos de apoyo en que basar los juicios que podamos formular acerca del porvenir.

Por tanto, quien ceda a la tentación de pronunciarse acerca del futuro probable de nuestra cultura hará bien en tener presentes desde el comienzo los reparos ya señalados, así como la incertidumbre inherente a toda predicción en general. En cuanto a mí, de ahí se sigue que, en rápida huida ante una tarea tan enorme, iré a refugiarme en el pequeño ámbito parcial al que yo mismo hasta ahora he consagrado mi atención, limitándome a determinar previamente la posición que ocupa dentro de la totalidad.

La **cultura** humana –entiendo por tal todo aquello en lo que la vida humana se ha elevado por encima de sus condiciones animales y se distingue de la vida animal (y omito diferenciar entre cultura (*Kultur*) y civilización (*Zivilisation*))- muestra al observador, como es sabido, dos aspectos. Por un lado, comprende todo el saber y poder-hacer que los hombres han adquirido para llegar a dominar las fuerzas de la Naturaleza y extraer de la misma bienes que satisfagan sus necesidades; por el otro, comprende todas las disposiciones y normas necesarias para regular las relaciones de los hombres entre sí y, en particular, la distribución de los bienes asequibles. Esos dos sentidos de la cultura no son independientes entre sí; en primer lugar, porque las relaciones y vínculos recíprocos entre los seres humanos están profundamente influidos por la medida de la satisfacción pulsional que los bienes existentes hacen posible; y en segundo lugar, porque el ser humano individualmente considerado puede relacionarse con otro como un bien él mismo, si este explota su fuerza de trabajo o lo toma como objeto sexual; pero además, en tercer lugar, porque todo individuo es virtualmente un enemigo de la cultura, a pesar de tener que reconocer su interés humano universal. Es notable que, teniendo tan escasas posibilidades de existir aislados, los seres humanos sientan como una gravosa opresión los sacrificios su cultura les impone para que sea sostenible o posible la convivencia. Por eso la cultura debe ser protegida contra los individuos, y sus normas, instituciones y mandamientos cumplen esa función; no sólo persiguen el fin de establecer cierta distribución de los bienes, sino el de conservarlos, e

incluso de defender y preservar de los impulsos hostiles de los hombres todos los recursos para el dominio sobre la Naturaleza y la producción de bienes. Las creaciones de los hombres son frágiles [fáciles de destruir], y la ciencia y la técnica que han edificado pueden también ser utilizadas para su destrucción<sup>4</sup>.

Así, se recibe la impresión de que la cultura es algo impuesto a una mayoría recalcitrante por una minoría que ha sabido apropiarse de los medios de producción, de poder y de coerción. Desde luego, cabe suponer que estas dificultades no son inherentes a la esencia de la cultura misma, sino que están condicionadas por las imperfecciones de sus formas desarrolladas hasta hoy. De hecho, no resulta difícil pesquisar esos defectos. Mientras que la humanidad ha logrado continuos progresos en el sojuzgamiento de la Naturaleza, y tiene derecho a esperar otros mayores, no puede hablarse de un progreso análogo en la regulación de las relaciones humanas; y es probable que en todas las épocas, como en la nuestra ahora, muchos hombres se preguntaran si esta parte de las conquistas culturales merecía preservarse. Puede creerse en la posibilidad de una regulación nueva de las relaciones entre los hombres, que cegara las fuentes del descontento con respecto a la cultura renunciando a la coerción y a la sofocación de lo pulsional, de suerte que los seres humanos, sin ser perturbados por discordias interiores, pudieran consagrarse a la producción y al disfrute de los bienes terrenos adquiridos. Esto sería sin duda una Edad de oro; pero es muy dudoso que ese estado sea realizable. Parece, más bien, que toda cultura debe edificarse sobre una coerción y una renuncia de lo pulsional; ni siquiera es seguro que, en caso de cesar aquella coerción, la mayoría de los individuos estarían dispuestos a encargarse de la prestación de trabajo necesaria para obtener nuevos medios de vida. Yo creo que es preciso contar con el hecho de que en todos los seres humanos están presentes unas tendencias destructivas, vale decir, antisociales y anticulturales, y que en gran número de personas poseen suficiente fuerza para determinar su conducta en la sociedad humana.

Este hecho psicológico es de valor decisivo para apreciar la cultura humana. Si en un comienzo pudo creerse que lo esencial en ella era el sojuzgamiento [dominio] de la Naturaleza para obtener medios de vida, y se podían conjurar los peligros que la amenazaban mediante la adecuada distribución de estos últimos entre los hombres, ahora el centro de gravedad parece haberse trasladado de lo material a lo anímico. Lo decisivo será que se logre (y la medida en que se lo logre) aliviar la carga que el sacrificio de lo pulsional impone a los hombres, reconciliarlos con la que siga siendo necesaria y compensarlos por ella. Tan imprescindible como la imposición coercitiva al trabajo cultural es el gobierno de la masa por parte de una minoría, pues las masas son indolentes y faltas de inteligencia, no admiten con facilidad la renuncia de lo pulsional, es imposible convencerlas de su inevitabilidad mediante argumentos y sus individuos se apoyan unos a otros en la tolerancia de su desenfreno. Sólo mediante la influencia de individuos ejemplares que las masas reconozcan o admitan como sus conductores es posible moverlas a las prestaciones de trabajo y a las privaciones que la pervivencia de la cultura exige. Todo irá bien si esos conductores son personas de visión superior en cuanto a las necesidades objetivas de la vida y que se han elevado hasta el control de sus propios deseos pulsionales. Pero existe el peligro de que en el afán de no perder su influencia, hagan a las masas más concesiones que éstas a ellos, y por eso parece necesario que dispongan de medios de poder para mantenerse independientes de las masas. Resumiendo: dos propiedades de los seres humanos, ampliamente difundidas, tienen la culpa de que las normas culturales sólo puedan conservarse mediante cierto

---

<sup>4</sup> [NT] Es curioso constatar que en el año en que [Freud escribe esto todavía no se había inventado la bomba atómica; pronto estas palabras de Freud se verían corroboradas por los hechos que pondría de manifiesto la Segunda Guerra Mundial.

grado de coerción externa; son ellas: que espontáneamente no gustan de trabajar, y que los argumentos nada pueden contra sus pasiones.

Sé lo que se objetará a estas afirmaciones. Se dirá que el carácter de las masas de seres humanos, tal como lo hemos descrito, está destinado a probar que la coerción al trabajo cultural es indispensable; pero ese mismo carácter no es sino la consecuencia de normas culturales deficientes, que exasperan a los hombres, los vuelven hoscos y vengativos. Nuevas generaciones, educadas en el amor y en el respeto por el pensamiento, que experimenten desde temprano los beneficios de la cultura, mantendrían también otra actitud y relación con ella, la sentirían como su posesión más genuina ypreciada, estarían dispuestas a ofrendarle el sacrificio de trabajo y de satisfacción pulsional que requiere para subsistir. Podrían prescindir de la coerción y diferenciarse apenas de sus conductores. Si hasta hoy en ninguna cultura han existido masas de esa cualidad, ello se debe a que ninguna acertó a darse las normas que pudieran ejercer esa influencia sobre los seres humanos, desde su infancia misma.

Uno puede dudar de que sea posible en general, o de que lo sea ahora, en el estado actual de nuestro dominio sobre la Naturaleza, establecer semejantes normas culturales; puede preguntar de dónde vendrían esos conductores superiores, serenos y abnegados que actuarían como educadores de las generaciones futuras, y espantarse ante el enorme gasto de coerción inevitable hasta el momento en que se alcanzaran tales propósitos. No podemos negar la grandiosidad de ese plan, ni su importancia para el futuro de la cultura humana. Se nos muestra basado en la intelección psicológica de que el ser humano está dotado de las más diversas disposiciones pulsionales, cuya orientación definitiva es determinada por las vivencias de la primera infancia. Los límites de la educabilidad del ser humano son por eso, también, los de la eficacia de un cambio cultural así concebido. Puede ponerse en duda que un medio cultural diverso logre (y en qué medida lo lograría) extinguir aquellas dos propiedades de las masas que tanto entorpecen la conducción de los asuntos humanos. El experimento no se ha hecho todavía. Es probable que cierto porcentaje de la humanidad a consecuencia de disposiciones enfermizas o de una intensidad pulsional hipertrófica permanezca siempre asocial; pero si se consiguiera disminuir la mayoría hoy enemiga de la cultura hasta convertirla en una minoría, se habría logrado mucho, quizá todo lo asequible.

No querría dar la impresión de que he extraviado la senda prefijada a mi indagación. Por eso quiero asegurar expresamente que está lejos de mí el propósito de formular juicios sobre el gran experimento cultural que se desarrolla hoy en el vasto país situado entre Europa y Asia. No tengo el conocimiento ni la capacidad para decidir si es o no realizable, ni para examinar si los métodos empleados son adecuados al fin, ni para medir el tamaño del inevitable abismo que separa el propósito de su ejecución. Lo que allí se prepara escapa, por inconcluso, a un abordaje para el cual nuestra cultura hace tiempo consolidada ofrece los materiales.

## II

Sin advertirlo nos hemos deslizado de lo económico a lo psicológico. Al comienzo nos tentó buscar el patrimonio cultural en los bienes existentes y en las normas que rigen su distribución. Pero llegamos a inteligir que toda cultura descansa en la imposición coercitiva del trabajo y en la renuncia [en gran medida] de lo pulsional, y por eso inevitablemente provoca oposición en los afectados por tales requerimientos; así devino claro que los bienes mismos, los medios para obtenerlos y las disposiciones para su distribución no pueden ser lo esencial o lo único de la cultura. En efecto, están amenazados por la rebelión y el ansia de destrucción de los miembros de la cultura. Junto a los bienes tenemos ahora los medios capaces de preservar la cultura, los medios coercitivos y otros destinados a reconciliar con ella a los seres humanos y resarcirlos por los sacrificios que impone. Estos últimos pueden describirse como el patrimonio espiritual de la cultura.

Con objeto de emplear una terminología uniforme, llamaremos «frustración» (*Versagung*) [denegación] al hecho de que una pulsión no pueda ser satisfecha; «prohibición» (*Verbot*), a la norma que la establece, y «privación» (*Entbehrung*), al estado producido por la prohibición. El paso siguiente es distinguir entre privaciones que afectan a todos y aquellas que no, que se circunscriben a grupos, a clases o aun a individuos. Las primeras son las más antiguas: con las prohibiciones que las originaron, la cultura inició su desprendimiento del estado animal primordial, no sabemos cuántos milenios atrás. Para nuestra sorpresa, hallamos que siguen siendo eficaces, siguen formando el núcleo de la hostilidad contra la cultura. Los deseos pulsionales sobre los que recaen esas prohibiciones nacen de nuevo con cada niño; hay una clase de hombres, los neuróticos, que ya reaccionan con asocialidad frente a esas frustraciones. Tales deseos pulsionales son los del incesto, el canibalismo y el gusto de matar. Suena extraño reunir estos deseos, en cuya reprobación todos los hombres parecen estar de acuerdo, con aquellos otros en torno de cuyo permiso o denegación se lucha tan vivamente en nuestra cultura; pero desde el punto de vista psicológico es lícito hacerlo. Por otra parte, la conducta cultural hacia estos deseos pulsionales, los más antiguos, en modo alguno es siempre la misma; sólo el canibalismo parece proscrito en todas partes, y para el abordaje no analítico ha sido enteramente superado; en cuanto a los deseos incestuosos, todavía podemos registrar su intensidad detrás de su prohibición, y el asesinato sigue siendo practicado, y hasta ordenado, bajo ciertas condiciones, por nuestra cultura. Es probable que nos aguarden desarrollos culturales en que satisfacciones de deseo hoy totalmente posibles parezcan tan inaceptables como ahora lo es el canibalismo.

Ya en estas renunciaciones de pulsión, las más antiguas, interviene un factor psicológico que conserva su vigencia en todas las posteriores. No es cierto que el alma humana no haya experimentado evolución alguna desde las épocas más antiguas y que, a diferencia de lo que ocurre con los progresos de la ciencia y de la técnica, permanezca hoy idéntica a lo que fue en el comienzo de la historia. Aquí podemos indicar uno de esos progresos anímicos. Está en la línea de nuestra evolución interiorizar poco a poco la coerción externa, que se transforma así en coerción interna: una instancia anímica particular, el superyó del ser humano, acoge esa coerción externa entre sus mandamientos<sup>5</sup>. En todo niño podemos observar el proceso de esta transformación, y sólo a través de ella llega a convertirse en un ser moral y social. Este fortalecimiento del

---

<sup>5</sup> Cf. FREUD, S. (1923b), *El Yo y el ello*. Recomendamos nuestra traducción en el enlace “Textos” de [www.auladepsicoanalisis.com](http://www.auladepsicoanalisis.com)

superyó es un patrimonio psicológico de la cultura, de supremo valor. Las personas en quienes se consuma se transforman, de enemigos de la cultura, en portadores de ella. Mientras mayor sea su número dentro de un círculo cultural, tanto más segura estará esa cultura y más podrá prescindir de los medios de coerción externa. Ahora bien, la medida de esa interiorización es muy diversa para cada una de las prohibiciones de lo pulsional. En lo tocante a los requerimientos culturales más antiguos, ya mencionados, parece haberse logrado en vasta medida, si dejamos de lado la indeseada excepción de los neuróticos. Esta proporción varía cuando consideramos las otras exigencias pulsionales. Observamos entonces, con sorpresa e inquietud, que una enorme mayoría de seres humanos sólo obedecen a las prohibiciones culturales correspondientes obligados por la coerción externa, vale decir, sólo donde esta pueda asegurar su vigencia y durante el tiempo en que sea temible. Esto vale también para los reclamos de la cultura que se denominan morales, dirigidos a todos por igual. A ellos se refiere la mayor parte de lo que experimentamos como insolvencia moral de los seres humanos. Infinito es el número de hombres cultos que retrocederían espantados ante el asesinato o el incesto, no se privan de satisfacer su avaricia, de su gusto de agredir, de sus apetitos sexuales; no se privan de perjudicar a sus semejantes mediante el engaño, la mentira, el fraude, la calumnia cuando pueden hacerlo sin castigo; y esto siempre fue así, a lo largo de muchas épocas culturales.

En cuanto a las restricciones que afectan a determinadas clases sociales, nos topamos con unas constelaciones muy visibles, que por otra parte nunca han sido desconocidas. Cabe esperar que estas clases relegadas envidien a los privilegiados sus prerrogativas y lo hagan todo para librarse de su «plus» de privación. Donde esto no es posible, se consolidará cierto grado permanente de descontento dentro de esa cultura, que puede llevar a peligrosas rebeliones. Pero si una cultura no ha podido evitar que la satisfacción de cierto número de sus miembros tenga por premisa la opresión de otros, acaso de la mayoría (y, mal que nos pese, eso es lo que sucede en todas las culturas actuales), es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad hacia esa cultura que ellos mismos hacen posible y sostienen mediante su trabajo, pero de cuyos bienes sólo participan en medida muy escasa. Por eso no cabe esperar en ellos una interiorización de las prohibiciones culturales, al contrario: no están dispuestos a reconocerlas, se afanan por destruir la cultura misma y eventualmente hasta por cancelar sus premisas. La hostilidad de esas clases contra la cultura es tan manifiesta que se ha pasado por alto la que también existe, más latente, en los estratos favorecidos de la sociedad. Huelga decir que una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera, ni lo merece.

El grado de interiorización de los preceptos culturales -expresado en términos populares y psicológicos: el nivel moral de sus miembros- no es el único bien anímico que cuenta para la apreciación de una cultura. Están, además, su patrimonio de ideales y de creaciones artísticas, vale decir, las satisfacciones obtenidas de ambos.

Con demasiada facilidad se tenderá a incluir entre las posesiones psíquicas de una cultura sus ideales, es decir, las valoraciones que indican cuáles son los logros supremos y más apetecibles a los que deberá aspirarse. En un primer momento parece como si esos ideales presidieran los logros del círculo cultural; pero el proceso efectivo acaso sea que los ideales se forman tras los primeros logros posibilitados por la conjunción entre las dotes interiores y las circunstancias externas de una cultura, y que esos logros iniciales son reafirmados luego por el ideal con miras a su prosecución. Por tanto, la satisfacción que el ideal dispensa a los miembros de la cultura es de naturaleza narcisista, descansa en el orgullo por el logro ya conseguido. Para ser completa, esa

satisfacción necesita de la comparación con otras culturas que se han lanzado a logros diferentes y han desarrollado otros ideales. En virtud de estas diferencias, cada cultura se arroga el derecho a menospreciar a las otras. De esta manera, los ideales culturales pasan a ser motivo de discordia y hostilidad entre diversos círculos de cultura, como se hace claramente patente entre las naciones.

La satisfacción narcisista proveniente del ideal cultural es, además, uno de los poderes que contrarrestan con más éxito la hostilidad a la cultura dentro de cada uno de sus círculos. No sólo las clases privilegiadas, que gozan de sus beneficios; también los oprimidos pueden participar de ella, en la medida en que el derecho a despreciar a los extranjeros los resarce de los perjuicios que sufren dentro de su propio círculo. Se es, sí, un plebeyo miserable, agobiado por las deudas y las prestaciones militares; pero, a cambio, se es un romano que participa en la tarea de sojuzgar a otras naciones y dictarles sus leyes. Esta identificación de los oprimidos con la clase que los sojuzga y explota no es, empero, sino una pieza dentro de un engranaje más vasto. En efecto, por otra parte pueden estar ligados a ella afectivamente y, a pesar de su hostilidad hacia sus amos, verlos como su ideal. Si no existieran tales vínculos, satisfactorios en el fondo, sería incomprensible que un número tan elevado de culturas pervivieran tanto tiempo a pesar de la justificada hostilidad de vastas masas.

De otra índole es la satisfacción que el arte procura a los miembros de un círculo cultural, si bien regularmente permanece inaccesible para las masas, que son reclamadas por un trabajo agotador y no han gozado de ninguna educación personal. Como lo sabemos desde hace mucho tiempo, el arte brinda satisfacciones sustitutivas para las renunciaciones culturales más antiguas, que siguen siendo las más hondamente sentidas, y por eso nada hay más eficaz para reconciliarnos con los sacrificios que aquellas imponen. Además, sus creaciones realzan los sentimientos de identificación de que tanto necesita todo círculo cultural; lo consiguen dando ocasión a vivenciar en común sensaciones muy estimadas. Pero también sirven a la satisfacción narcisista cuando figuran los logros de la cultura en cuestión y hacen presentes sus ideales de manera impresionante.

Todavía no hemos mencionado la pieza quizá más importante del inventario psíquico de una cultura. Nos referimos a sus representaciones religiosas en el sentido más lato, o, con otras palabras (que justificaremos en lo que sigue), a sus ilusiones.

### III

¿En qué reside el valor particular de las representaciones religiosas,?

Hemos hablado de una hostilidad contra la cultura, producida por la presión que ella ejerce, por las renunciaciones de lo pulsional que exige. Supongamos canceladas de pronto sus prohibiciones: será lícito escoger como objeto sexual a la mujer que a uno le guste, eliminar sin reparos a los rivales que se la disputen o a quienquiera que se interponga de algún modo en su camino; se podrá arrebatarle a otro un bien cualquiera sin pedirle permiso: ¡en qué hermosa sucesión de satisfacciones parece convertirse entonces la vida! Cojo lo que quiero sin reparos. Claro que enseguida se tropieza con la inmediata dificultad: los demás tienen justamente los mismos deseos que yo, y cabe esperar puestos en este plan que no me dispensen un trato más considerado que yo a ellos. Por eso, en el fondo, en estas condiciones sólo un único individuo podrá llegar a ser ilimitadamente feliz mediante esa cancelación de las limitaciones culturales: un tirano, un dictador, que haya apoderado de todos los medios de poder; y ese individuo, además, tendrá todas las razones para desear que los otros obedezcan al menos a este solo mandamiento cultural: «No matarás».

Pero, ¡cuán impensable, cuán miope en todo caso aspirar a una cancelación de la cultura! Lo que además testimoniaría de una ingratitud manifiesta, pues suprimida la cultura, sólo quedaría el estado de naturaleza, que es mucho más difícil de soportar. Es verdad que la Naturaleza no nos exigía limitar en nada nuestras pulsiones, las consentía como tales y al respecto nos deja obrar con plena libertad; pero, en último término, tiene su modo, particularmente eficaz, de limitarnos: pues la puesta en ejercicio de aquellas sin más nos mata, a nuestro parecer de una manera fría, cruel y despiadada, y precisamente como decimos a raíz de las mismas ocasiones que prometen nuestra satisfacción o de esta misma. Justamente por esos peligros con que la Naturaleza nos amenaza nos hemos aliado y creado la cultura, que, entre otras cosas, también debe posibilitarnos la convivencia. De acuerdo con esto, la principal función de la cultura, su genuina razón de ser, es protegernos de la Naturaleza, defendernos contra ella.

Sabido es que en muchos aspectos ya hoy lo consigue pasablemente bien, y es de esperar que con el avance de al misma esté en condiciones de lograrlo cada vez mejor. Pero ningún hombre en su sano juicio cae en el espejismo de creer que la Naturaleza ya esté conquistada, entre otras cosas porque dependemos de ella y en cierto modo es nuestra dueña; y pocos osan esperar o creer que alguna vez el ser humano la someta y la domine por completo. Ahí están los elementos, que de vez en cuando parecen burlarse de todo yugo humano y le propinan a este una severa advertencia: la Tierra, que tiembla y desgarrará, abismando a todo lo humano y a toda obra del hombre; el agua, que embravecida lo inunda y lo ahoga todo; el aire que aliándose con el agua en forma de huracán o tifón, barre cuanto halla a su paso; el fuego que quema en un plis plás y consume lo que esa tierra ha tardado años en producir; las enfermedades, en muchas de las cuales sólo recientemente hemos discernido como los ataques, a veces muy sofisticados, de otros seres vivos; por último, el doloroso enigma de la muerte, contra la cual hasta ahora no se ha hallado ninguna triaca, ni parece probable que se la halle. Con estas violencias la Naturaleza de manera grandiosa, cruel, despiadada e inexorable se alza contra nosotros; y nos pone una y otra vez de manera renovada ante nuestros ojos nuestra endebles y desvalimiento, de que nuestro orgullo confiado nos hacía creer que estábamos salvados por el trabajo de la cultura. Una de las pocas impresiones satisfactorias y reconfortantes que se pueden tener de la Humanidad es la que ofrece cuando, ante una catástrofe natural desatada por los elementos, olvida su

rutina cultural, todas sus dificultades y enemistades internas, y se acuerda de la gran tarea común: la necesidad de protegerse, de conservarse contra el poder desigual de la Naturaleza.

Así como para el conjunto de la humanidad, también para el individuo la vida es dura en general y difícil de soportar. No sólo la Naturaleza como hemos visto, sino la propia cultura de que forma parte y que debía liberarle aunque fuera parcialmente de las duras condiciones de aquella, le impone a su vez ciertas privaciones, y otra cuota, una más, de sufrimiento le es infligida por los demás hombres, sea a pesar de las prescripciones culturales o a consecuencia de la imperfección de esa cultura. Y a ello se añaden los perjuicios que le ocasiona la Naturaleza no yugulada –a la que él llama el destino-. Esta situación naturalmente ha de provocar en el hombre un continuo estado de expectativa angustiada y una grave afrenta a su natural narcisismo. Ya sabemos cómo reacciona el individuo frente a los daños que le infieren la cultura y sus prójimos: desarrolla una resistencia directamente proporcional a las normas que imponen las instituciones de la civilización correspondiente, y así un cierto grado de hostilidad a la cultura. Pero, ¿cómo entonces podría defenderse de los superpoderes de la Naturaleza, del destino, que lo amenazan tanto a él como a los demás?

La cultura lo dispensa de esa tarea y toma a su cargo esta función de defensa, procurándola de igual manera para todos; y es digno de notarse, por añadidura, que todas las culturas proceden en esto más o menos del mismo modo. Así, la cultura no cesa en el cumplimiento de su misión de preservar a los hombres de la Naturaleza, sólo que la continúa con otros medios. Aquí la tarea es múltiple: el sentimiento de sí del ser humano, gravemente amenazado, pide consuelo; es preciso disipar los terrores que procuran el mundo y la vida; y aparte de ello, también exige respuesta el ansia de saber de los hombres, impulsada sin duda por los más potentes intereses prácticos.

Con el primer paso ya se ha conseguido mucho. Este consiste en humanizar la Naturaleza. Contra las fuerzas y destinos impersonales nada se puede, permanecen eternamente ajenos. Pero si en los elementos hierven las mismas pasiones que en el alma [es lo que se ha llamado el animismo]; si ni siquiera la muerte es un azar desgraciado, sino el acto violento de una voluntad maligna incomprensible; si por doquier nos rodean en la Naturaleza seres, en este caso invisibles o confundidos con ella, como los que conocemos en nuestra propia sociedad, entonces uno cobra aliento, se siente como en su casa (*heimisch*) en medio de lo inquietante (*Unheimlich*), puede elaborar psíquicamente su angustia hasta entonces sin sentido. Su angustia aunque no comprenda las intenciones del ser que se la produce tiene un sentido. Sin duda se sigue todavía indefenso, pero ya no paralizado y desvalido a merced de un azar caprichoso y que no sabe por donde le asaltarán: al menos se puede hacer algo, reaccionar y hasta quizá ni siquiera nuestra indefensión sea tan absoluta, puesto que contra esos “superhombres” violentos que nos acechan ahí fuera, pueden emplearse los mismos medios de que uno se sirve en su propia sociedad; puede intentar conjurarlos, apaciguarlos, sobornarlos, arrebatándoles así una parte de su poder mediante esos modos de influjo. Semejante sustitución de una ciencia de la Naturaleza por una psicología no sólo procura un alivio momentáneo; le muestra también el camino para un dominio ulterior de la situación.

Esta situación, en efecto, no es algo nuevo; tiene un precedente infantil, en verdad no es sino la continuación de otra, inicial: en similar desvalimiento se había encontrado uno ya una vez, de niño pequeño, frente a una pareja de progenitores a quienes se temía con fundamento, en general sobre todo al padre, pero de cuya protección, también, se estaba seguro contra los peligros que uno conocía entonces. Ello sugería asimilar ambas situaciones. Y aquí, como en la vida onírica, el deseo reclama su

parte. Una premonición de muerte asedia al que duerme, quiere hacerle asistir a su propio entierro; pero el trabajo del sueño sabe escoger la condición bajo la cual aun ese temido evento se convierta en una realización de deseo: el soñante se ve en una antigua tumba etrusca a la que había descendido, encantado de poder satisfacer sus intereses arqueológicos<sup>6</sup>. De modo semejante, el hombre no convierte a las fuerzas de la Naturaleza en simples seres humanos con quienes pudiera tratar como lo hace con sus prójimos, pues ello no correspondería a la impresión de avasalladora superioridad que le producen; sino que las reviste de un carácter paternal, hace de ellas dioses [a su imagen y semejanza], conforme no sólo a un prototipo infantil, sino también, según he intentado demostrar en otro lugar, a un prototipo filogenético<sup>7</sup>.

Con el paso del tiempo, se observan por primera vez regularidades y leyes en los fenómenos de la Naturaleza, cuyas fuerzas pierden entonces sus rasgos humanos. Pero la indefensión de los seres humanos permanece, y con ella la nostalgia de un padre protector, y perduran los dioses, a los cuales se atribuye una triple función: espantar los terrores de la Naturaleza, reconciliar al hombre con la crueldad del destino, en particular como se presenta en la muerte, y resarcir por las penas y privaciones que la convivencia cultural impone al hombre.

Ahora bien, entre estas diversas operaciones, poco a poco se desplaza el acento. Se advierte que los fenómenos naturales se desencadenan o se desarrollan por sí mismos, de acuerdo con leyes necesarias internas; pero no por ello los dioses dejan de ser los dueños y señores de la Naturaleza, sus creadores y legisladores, ellos la han creado y reglado así y ahora pueden abandonarla a sí misma. Sólo ocasionalmente intervienen en su curso, con los llamados milagros, como para recordarnos y asegurarnos que siguen ostentando su poder primitivo y en modo alguno han renunciado al mismo. Pero en lo que atañe a la distribución de los destinos, perdura siempre una inquietante sospecha: el desvalimiento y el desconcierto del género humano son irremediables. Es sobre todo aquí donde fracasan los dioses; si son ellos, quienes crean el destino, por fuerza sus designios se llamarán inescrutables; el pueblo más dotado de la Antigüedad vislumbró la existencia de un poder superior a los dioses –la *Moirá*– y sospecho que ellos mismos tienen marcado su destino. Y mientras más autónoma se vuelve la Naturaleza, y más se retiran de ella los dioses, tanto más seriamente se concentran todas las expectativas en la tercera de las operaciones o funciones que le son inherentes, y lo moral deviene su genuino dominio. Misión de los dioses será ahora compensar las deficiencias y los perjuicios de la cultura, tener en cuenta las penas que los seres humanos se infligen unos a otros en la convivencia, velar por el cumplimiento de los preceptos culturales que ellos siguen u obedecen tan mal. Se atribuirá origen divino a los preceptos culturales mismos, se los elevará sobre la sociedad humana, extendiéndoselos a la Naturaleza y al acontecer universal.

De ese modo se creará un acervo de representaciones, engendrado por la necesidad de volver soportable el desvalimiento humano, y edificado sobre el material de recuerdos referidos al desvalimiento de la infancia de cada cual, y de la del género humano. Se discierne con claridad que este patrimonio protege a los hombres en dos direcciones: de los peligros de la Naturaleza y el destino, y de los perjuicios que ocasiona la propia sociedad humana. Expongamos ese patrimonio en su trabazón: La vida en este mundo sirve a un fin superior, por cierto no fácil de adivinar, pero sin duda

---

<sup>6</sup> [NT] Es sabida la afición de Freud por la Arqueología, y efectivamente Freud alude aquí a un sueño propio, sobre el cual nos informa en *La interpretación de los sueños* (1900a), al final del apartado G (Sueños absurdos. Las operaciones intelectuales en el sueño) del cap. VI sobre “El trabajo del sueño”. En la edición de Amorrortu, vol V, p. 453.

<sup>7</sup> [NT] Cf. El cuarto de los ensayos que integran *Tótem y tabú* (1912-13).

significa un perfeccionamiento del ser humano. Es probable que el objeto de esta elevación y exaltación sea lo espiritual del hombre, su alma, que tan lenta y trabajosamente se ha ido separando del cuerpo en el curso de las edades. Todo cuanto acontece en este mundo es cumplimiento de los propósitos de una inteligencia superior a nosotros, que, aunque por caminos y rodeos difíciles de penetrar, todo lo guía en definitiva hacia el Bien final, o sea, hacia nuestra bienaventuranza, esto es hacia lo más satisfactorio para el hombre. Sobre cada uno de nosotros vela una Providencia bondadosa, sólo en apariencia severa, que no permite que seamos juguete de las fuerzas naturales despiadadas y superintensas; ni siquiera la muerte es un aniquilamiento, un regreso a lo inanimado inorgánico, sino el comienzo de un nuevo modo de existencia, en la vía hacia el desarrollo superior. Y pasando ahora al otro polo: las mismas leyes morales que han instituido nuestras culturas gobiernan también el universo íntegro, sólo que son guardadas por una instancia juzgadora suprema con un poder y una constancia incomparablemente mayores. Todo lo bueno halla su recompensa final, y todo lo malo su castigo, si no en esta forma de vida, al menos en las existencias posteriores que comienzan tras la muerte. Así, todo terror, toda pena y aspereza de la vida están destinados a compensarse; la vida tras la muerte, que prosigue nuestra vida terrenal como la parte invisible del espectro se añade a la visible, lleva todo a la perfección que echamos de menos en este mundo. Y la superior sabiduría que rige ese ciclo, la infinita bondad que en él se exterioriza, la justicia que finalmente se impone, he ahí las propiedades de la esencia divina que nos ha creado y ha creado al universo todo. O más bien de la única esencia divina, en que se han condensado en nuestra cultura todos los dioses de las épocas pasadas. El pueblo que fue el primero en alcanzar esa concentración de las propiedades divinas no se enorgulleció poco de ese progreso. Había puesto al descubierto el núcleo paterno que desde siempre se ocultaba tras cada figura de Dios; en el fondo, fue un regreso a los comienzos históricos de la idea de Dios. Ahora que Dios era único, los vínculos con él podían recuperar la intimidad e intensidad de las relaciones del niño con su padre. Y se quiso ser recompensado por haber hecho tanto en beneficio del padre: al menos, ser el hijo predilecto, el pueblo elegido. Mucho después la piadosa Norteamérica pretende ser «*God's own country*» [«la patria de Dios»], y ello parece ser en efecto así, al menos respecto de una de las formas bajo las cuales los hombres veneran a la divinidad.

Las representaciones religiosas resumidas en el párrafo anterior han recorrido, desde luego, un largo trayecto de desarrollo; diversas culturas las sostuvieron en fases diferentes. He seleccionado una sola de esas fases de desarrollo, que responde aproximadamente a la configuración última de nuestra actual cultura cristiana y blanca. Es fácil observar que las piezas de ese todo no armonizan bien entre sí, que no todas las preguntas acuciantes reciben respuesta, y que a duras penas puede rechazarse el desmentido constante de la experiencia cotidiana. Pero, tal como son, a esas representaciones -las religiosas, en sentido lato- se las considera el patrimonio más precioso de la cultura, lo más valioso que tiene para brindar a sus miembros; y se las aprecia mucho más que a todas las artes capaces de arrancar a la Tierra sus tesoros, proveer de alimentos a la humanidad o prevenir y vencer sus enfermedades. Los hombres creen que no podrían soportar la vida si no atribuyesen a esas representaciones el valor que se demanda para ellas. Por eso se nos plantean los interrogantes: ¿Qué son esas representaciones a la luz de la psicología? ¿De dónde reciben su alta estima? Y, para proseguir tímidamente: ¿Cuál es su valor efectivo?

#### IV

Una investigación que avanza impertérrita, libre de objeciones exteriores, como un monólogo no deja de entrañar sus peligros. Uno cede demasiado fácilmente a la tentación de apartar ideas que querrían interrumpirla, lo que se paga con una sensación de inseguridad que a la postre pretende acallar mostrándose en sus conclusiones excesivamente radical y dogmático. Por eso me invento ahora un contradictor que siga mi exposición con desconfianza crítica, y al que de vez en cuando cedo la palabra<sup>8</sup>.

Por lo pronto ya lo escucho decir: «Usted ha usado repetidas veces expresiones como: “La cultura crea estas representaciones religiosas”, “La cultura las pone a disposición de sus miembros”. Suenan un poco extrañas; yo no sabría afirmar por qué, pero no son tan evidentes como cuando se sostiene que la cultura ha creado regímenes para la distribución de los productos del trabajo o para los derechos concernientes a la mujer y el niño».

Opino, sin embargo, que el empleo de tales expresiones está plenamente justificado. He intentado mostrar que las representaciones religiosas provienen de la misma necesidad que todos los otros logros de la cultura: la necesidad de protegerse o de defenderse frente al poder omnímodo y aplastante de la Naturaleza. A esto se suma un segundo motivo: el esfuerzo por corregir las imperfecciones de la cultura, penosamente sentidas. También es muy correcto decir que la cultura procura al individuo esas representaciones; en efecto, él las encuentra dadas en su cultura, le son aportadas ya listas, él no sería capaz de hallarlas por sí solo. Entra en posesión del legado de muchas generaciones, que recibe como la tabla de multiplicar o a la geometría<sup>9</sup>. Es verdad que hay aquí una diferencia, pero se halla en otro lugar y todavía no podemos aclararla. En cuanto al sentimiento de extrañeza que mi interlocutor señalaba, acaso se deba en parte a que este patrimonio de representaciones religiosas suele ser presentado como revelación divina. Sólo que eso mismo es ya una pieza del sistema religioso y descuida por completo el origen y el desarrollo históricos de tales ideas, así como desatiende el hecho de que son diferentes en diversas épocas y culturas.

«Hay otro punto, otra objeción, que me parece importante». De acuerdo con lo expresado por usted, la humanización de la Naturaleza, el antropomorfismo, nace de la necesidad de poner término al desconcierto y desvalimiento del hombre frente a las fuerzas naturales que él teme, de poder entrar en relación con ellas de tal modo que pueda influirlas finalmente. Ahora bien, parece ocioso aducir ese motivo. En efecto, el hombre primitivo no tiene otra opción, otro camino de pensamiento. Es para él natural, como innato, proyectar su ser, su esencia hacia fuera, al mundo, y ver en todos los procesos que observa manifestaciones o exteriorizaciones de seres que en el fondo son semejantes a él. He ahí el único método [el animismo] de su actividad conceptuante [primitiva]. Y en modo alguno es evidente, sino más bien una sorprendente coincidencia, que dejándose llevar así por sus disposiciones naturales consiguiese satisfacer al mismo tiempo una de sus grandes necesidades».

---

<sup>8</sup> [NT] Será el mismo método expositivo que seguirá en la obra anterior a esta: *La cuestión del análisis laico* (1926e)

<sup>9</sup> [NT] Es curioso que en este punto Freud no destaque lo que el recién llegado a una cultura recibe como legado fundamental: la lengua hablada y escrita en la misma como *conditio sine qua non* de toda otra transmisión cultural. Eso será lo que después destacará Jacques Lacan en su enseñanza, hasta el punto de llegar a afirmar que: “El inconsciente es estructurado como un lenguaje”. La lengua constituye el orden simbólico fundamental de una cultura, digamos la materia simbólica elemental de la misma.

Yo no lo encuentro tan chocante. ¿Opina usted, acaso, que el pensar de los hombres no conoce motivos prácticos, sino que es meramente la expresión de un desinteresado apetito de saber? Eso es harto improbable. Más bien creo que el ser humano, incluso cuando personifica fuerzas naturales, sigue un prototipo infantil. Con las personas que formaron su primer entorno aprendió que el camino para influirlas era establecer una relación con ellas; y por eso después, con idéntica finalidad, trata de igual manera a todo lo otro que le sale al paso. No contradigo, entonces, la puntualización descriptiva que usted hace; efectivamente, es connatural al ser humano personificar todo lo que pretende concebir, a fin de gobernarlo después -el dominio psíquico como preparación del físico-; pero yo, además, introduzco la cuestión del motivo y la génesis de esa peculiaridad del pensamiento humano.

«Hay una tercera cosa todavía, un tercer reparo: Usted ya se ha ocupado antes del origen de la religión, en su libro *Tótem y tabú* [1912-13]. Pero ahí todo se presenta de otro modo. No hay más que la relación hijo-padre; Dios es el padre idealizado y enaltecido, la añoranza del padre, de una instancia protectora y orientadora, es la raíz de la necesidad religiosa. Después, al parecer, descubrió usted el factor de la impotencia y el desvalimiento humanos, atribuyéndole de manera universal el papel principal en la formación de la religión; y ahora retranscribe a términos de desvalimiento todo lo que antes era complejo paterno. ¿Puedo pedirle una aclaración sobre ese cambio?».

De buena gana la daré, no esperaba sino esa incitación. Si es que se trata realmente de un cambio. En *Tótem y tabú*, no se trataba de explicar la génesis de las religiones, sino sólo la del totemismo. ¿Acaso alguna de las opiniones que hayan llegado a su conocimiento le permite a usted comprender que la forma primera en que la divinidad protectora se reveló al hombre fuera la animal, que se prohibiera matar y comer a ese animal, y sin embargo se instituyera la solemne costumbre de matarlo y comerlo en común una vez por año? Es justamente lo que sucede en el totemismo. Y no me parece que valga la pena discutir si el totemismo puede o no ser considerado una religión<sup>10</sup>. Mantiene íntimos vínculos con las posteriores religiones deístas; los animales totémicos se convierten en los animales sagrados adscritos a los distintos dioses. Y las primeras, pero las más profundas, restricciones morales -la prohibición de matar y la del incesto- nacen del suelo del totemismo. Ahora bien, ya sea que acepte o no las conclusiones de *Tótem y tabú*, espero que podrá reconocer que en ese libro gran número de hechos dispersos y sorprendentes se reúnen en un todo consistente.

¿Por qué el Dios animal no resultó suficiente a la larga, y fue relevado por el humano? He ahí un problema que apenas se roza en *Tótem y tabú*, en tanto que otros relativos a la formación de la religión ni siquiera se mencionan. ¿Considera usted que una limitación temática de esa índole equivale a una negación de tales problemas? Mi trabajo se limitaba estrictamente a la aportación que el abordaje psicoanalítico podía hacer a la explicación y solución del problema religioso. Y si ahora intento ir más allá, aunque eso está menos sólidamente afianzado, no debe usted acusarme de contradicción, como tampoco antes hubiera sido justo hacerlo de unilateralidad. Desde luego, corre por mi cuenta señalar los vínculos entre lo afirmado antes y lo que ahora trato de exponer, entre la motivación más profunda y la manifiesta, entre el complejo paterno y el desvalimiento y la necesidad de protección del ser humano.

No es difícil hallar tales conexiones. Son los vínculos entre el desvalimiento del niño y el del adulto, su continuación; de ese modo, como era de esperar, la motivación psicoanalítica de la formación de la religión se transforma en el aporte infantil a su motivación manifiesta. En efecto, situémonos en la vida anímica del niño pequeño.

---

<sup>10</sup> [NT] Acerca del totemismo recomendamos al lector la lectura del libro de Claude LÉVI-STRAUSS: *El totemismo hoy*, del que existe una traducción al castellano en Fondo de Cultura Económica.

¿Recuerda usted la elección de objeto según el tipo del apuntalamiento, de que habla el análisis?<sup>11</sup> La libido sigue los caminos de las necesidades narcisistas y se adhiere a los objetos que aseguran su satisfacción. Así, la madre, que satisface el hambre, se constituye en el primer objeto de amor, y por cierto también en la primera protección frente a todos los peligros indeterminados que amenazan en el mundo exterior; podríamos decir: la primera protección frente a la angustia.

Sin embargo, la madre es relevada pronto en esta función por el padre, más fuerte, y este último la conserva a lo largo de toda la niñez. Empero, la relación del niño con el padre está marcada por una peculiar ambivalencia. El mismo fue un peligro, quizá desde el vínculo inicial con la madre. Y cuando se pasa a anhelarlo y admirarlo no se lo teme menos. Los indicios de esta ambivalencia del vínculo con el padre están profundamente impresos en todas las religiones, como ya lo apunté también en *Tótem y tabú*. Ahora bien, cuando el adolescente advierte que le está deparado seguir siendo siempre un niño, que nunca podrá prescindir de la protección frente a superpoderes ajenos, presta a estos los rasgos de la figura paterna, se crea los dioses ante los cuales se atemoriza, cuyo favor procura granjearse y a quienes, empero, transfiere la tarea de protegerlo. Así, el motivo de la añoranza de un padre así, es idéntico a la necesidad de ser protegido contra las consecuencias de la impotencia humana; la defensa frente al desvalimiento infantil confiere sus rasgos característicos a la reacción ante el desvalimiento que el adulto mismo se ve precisado a reconocer, reacción que es justamente la que lleva a la formación de la religión. Pero no es nuestro propósito seguir investigando el desarrollo de la idea de Dios; de lo que queremos ocuparnos aquí es del tesoro ya acabado de representaciones religiosas, que la cultura le transmite al individuo y de su fuerza.

---

<sup>11</sup> [NT] Cf. "Para introducir el narcisismo" (1914c).

## V

Retornemos ahora los hilos de nuestra indagación: ¿Cuál es entonces la significación psicológica de las representaciones religiosas, dentro de qué categoría podemos clasificarlas? En principio, no parece fácil responder a esta cuestión. Tras rechazar diversas formulaciones, nos atendremos a la siguiente: [Estas representaciones religiosas] son principios y enunciados sobre hechos y relaciones de la realidad exterior (o interior) que se sostienen y sostienen algo que uno mismo no ha descubierto y que piden ser creídos y aceptados como ciertos. Por otra parte no se trata de enunciados sobre cosas banales, sino que supuestamente nos informan sobre cosas que nos importan e interesan mucho en la vida en un momento u otro de la misma, y que por ello se les tiene muy alto aprecio. A quien no le preocupan y nada sabe de ellas se le considera muy ignorante; y a quien las acoge entre sus conocimientos fundamentales se le considera en su saber muy enriquecido.

Desde luego, hay muchos de tales conocimientos acerca de las cosas más diversas de este mundo. Cualquier enseñanza está lleno de ellos. Escojamos la de Geografía. Nos dicen que Constanza está situada a orillas del *Bodensee*<sup>12</sup>. Una canción estudiantil agrega: «Quien no lo crea, que vaya y lo vea». Casualmente yo estuve allí y puedo confirmar que efectivamente la bella ciudad se encuentra emplazada a orillas de una vasta superficie líquida, conocida entre los habitantes de las cercanías con el nombre de “*Bodensee*” [lago de Constanza]. Estoy pues plenamente convencido de la existencia real y de la exactitud de la referencia de ese enunciado geográfico. Esto me trae a la memoria otra vivencia, muy curiosa y singular. Siendo ya un hombre maduro hice un viaje a Grecia y visité por primera vez la colina de la Acrópolis de Atenas. Me encontraba entre las ruinas del templo, la mirada perdida en el mar azul. En mi embeleso se mezclaba un sentimiento de asombro, que me sugirió esta interpretación: «¡Entonces todo aquello era efectivamente real, tal cual lo aprendimos en la escuela! ¡Ciertamente cuán superficial y débil debió de ser en aquel tiempo mi creencia en la verdad objetiva de lo escuchado, puesto que ahora me sorprende tanto verlo confirmado!». Pero no quiero acentuar demasiado el valor de esta vivencia; mi asombro es susceptible de otra explicación que en ese momento no se me ocurrió; ella es de naturaleza enteramente subjetiva y tiene que ver con la particularidad del lugar<sup>13</sup>.

Todas esas enseñanzas, pues, solicitan creencia para sus contenidos, pero no sin fundamentar su pretensión. Se presentan como el resultado sintético de un largo proceso de pensamiento que se basa en la observación, y sin duda también en el razonamiento; enseñan el camino a quien tenga el propósito de rehacer por sí mismo ese proceso, en vez de aceptar su resultado sin más<sup>14</sup>. Además, quien transmita la información también indicará la fuente del conocimiento toda vez que, como en el caso de los enunciados axiomáticos, no sea evidente por sí mismo, como sucede con las afirmaciones geográficas, o se postule como tal como principio deductivo. Por ejemplo, al afirmar que la Tierra tiene la forma de una esfera; como prueba de ello se citarán el experimento del péndulo de Foucault, el modo en que se comporta el horizonte, la posibilidad de

---

<sup>12</sup> Nombre alemán del Lago de Constanza.

<sup>13</sup> [NT] Este episodio tuvo lugar en 1904, cuando Freud contaba cerca de los cincuenta años. Lo describió con mucho detalle en una carta abierta a Romain Rolland [“Un trastorno de la memoria en la Acrópolis” (1936a)]

<sup>14</sup> [NT] Según el llamado argumento de autoridad.

circunnavegar la Tierra<sup>15</sup>. Y puesto que, como reconocen sin dificultad todos los interesados, es impracticable enviar a cada alumno a un viaje de circunvalación alrededor del mundo, uno se limita a hacer que las doctrinas de la escuela se acepten «bajo palabra», pero sabe que el camino para obtener el convencimiento personal permanece abierto.

Intentemos medir con el mismo rasero las enseñanzas religiosas. Si preguntamos en qué se funda su pretensión de que se las crea, recibimos tres respuestas que se encuentran en sorprendente discordancia recíproca. En primer lugar, merecen fe porque ya nuestros antepasados creyeron en ellas [por tradición, pues]; en segundo, poseemos pruebas que justamente nos son trasmitidas desde esa época antigua, y, en tercero, está completamente prohibido cuestionar tales dogmas. En otros tiempos, semejante osadía aparejaba severísimos castigos, y todavía hoy la sociedad no ve con buenos ojos que se la renueve.

Este tercer punto tiene que suscitar por fuerza los más serios reparos a todo ser racional. Ahora bien, una prohibición tal no puede tener otra motivación que esta: la sociedad conoce muy bien la fragilidad y el escaso fundamento de los títulos que demanda para sus doctrinas religiosas. Si fuera de otro modo, se apresuraría a ofrecer el material requerido a todo el que quisiese convencerse por sí mismo. Por eso, con una desconfianza difícil de acallar, pasaremos a examinar los otros dos argumentos. Debemos creer porque nuestros antepasados lo hicieron. Pero ellos eran mucho más ignorantes que nosotros, y creían en cosas que hoy resultarían inadmisibles de acuerdo con nuestro nivel de conocimientos actual. ¿Por qué no debería ser posible que suceda lo mismo con las doctrinas religiosas? ¿Por las pruebas escritas que nos han llegado en las que pretenden fundarse? Pero esas pruebas que nos han legado se consignan en escrituras que a su vez presentan todos los caracteres de lo dudoso. Son contradictorias, han sido retocadas, falseadas; cuando refieren testimonios acerca de hechos, no aportan testimonio alguno sobre ellos mismos. Y de poco nos sirve aseverar que su propio texto, o aun sólo su contenido, provienen de una revelación divina; en efecto, tal aseveración es una petición de principio y, por consiguiente es ya una pieza de las doctrinas que debieran indagarse en cuanto a su credibilidad, y ningún enunciado puede probarse a sí mismo.

Llegamos así a este curioso resultado: justamente las comunicaciones de nuestro patrimonio cultural que podrían tener para nosotros el máximo valor, pues les corresponde la misión de esclarecernos los enigmas del universo y reconciliarnos con las penas de la vida, justamente ellas, decimos, no pueden aducir sino los más débiles testimonios en su favor, y son, por consiguiente, las que menos garantías nos ofrecen. No podríamos resolvernos a admitir ni siquiera un hecho tan indiferente como el de que la ballena sea un animal vivíparo y no ovíparo, si no fuera susceptible de mejor demostración.

Ese estado de cosas constituye en sí mismo un problema psicológico muy notable. Y que nadie piense que las anteriores puntualizaciones acerca del carácter indemostrable de las doctrinas religiosas contienen algo nuevo. La imposibilidad de demostrarlas se ha hecho sentir en todos los tiempos, aun en los de los lejanos antepasados que nos legaron esa herencia religiosa. Es probable que muchos de ellos alimentaran la misma duda que nosotros, pero se encontraban bajo una presión tan intensa que no habrían osado exteriorizarla. Y desde entonces, innumerables individuos se han torturado con la misma duda, que querían sofocar porque se consideraban

---

<sup>15</sup> [NT] Cuando Freud escribe su texto todavía no había podido viajar al espacio para comprobar la redondez de la Tierra a simple vista. Hoy esa forma esférica es posible observarla directamente si el observador se aleja a una suficiente distancia de su superficie como sucede en los viajes espaciales.

obligados a creer; muchos intelectos brillantes naufragaron en este conflicto, y muchos caracteres resultaron dañados por los compromisos en que buscaban una salida.

Si todas las pruebas que se aducen en favor de la credibilidad de las enseñanzas religiosas provienen del pasado, es natural que se escrute en el presente, sobre el cual es más fácil formular juicios [mejor capacitado para juzgar], para ver si puede ofrecernos alguna prueba de esa índole. Si de tal suerte se consiguiera dejar a salvo de dudas aunque sólo fuera una pieza del sistema religioso, el todo ganaría extraordinariamente en cuanto a credibilidad. En este punto se sitúa la actividad de los espiritistas, que están convencidos de la perduración del alma individual y pretenden demostrarnos concluyentemente este punto de la doctrina religiosa. Por desdicha, no consiguen refutar que las apariciones y manifestaciones de sus espíritus no son más que productos de su propia actividad anímica. Han convocado a los espíritus de los grandes hombres, de los pensadores más destacados, pero todas las manifestaciones y noticias que supuestamente han recibido de ellos han sido muy simples y desconsoladoramente vacías, que lo único que puede hallarse de creíble ahí es la aptitud de los espíritus para adaptarse al círculo de personas que los conjuran y a su nivel intelectual.

Ahora es preciso considerar dos intentos que impresionan como un empeño convulsivo por escapar a este problema. Uno, de naturaleza violenta, es antiguo; el otro, sutil y moderno. El primero es el «*Credo quia absurdum*» de un Padre de la Iglesia<sup>16</sup>. Quiere significar que las doctrinas religiosas se sustraen de las exigencias de la razón, están por encima de ella. Basta con sentir interiormente su verdad, no hace falta comprenderlas racionalmente, aprehenderlas mediante conceptos. Ahora bien, ese Credo tiene interés, pero sólo como confesión personal; para ser fallo inapelable le falta fuerza obligatoria. ¿Acaso estaré obligado a creer en cualquier absurdo? Y si no es así, ¿por qué justamente en este? No hay instancia alguna de conocimiento entre nosotros superior a la razón. Si la verdad de las doctrinas religiosas depende de una vivencia interior singular que da testimonio de ella, ¿qué hacer con los numerosos seres humanos que nunca han tenido una vivencia semejante, nada frecuente, por otra parte? Cabe exigir a todos los hombres que hagan uso de su razón, pero no es legítimo instituir una obligación universalmente válida sobre un motivo [base] que sólo existe en poquísimos. Admitamos que alguien, en virtud de un éxtasis que lo conmovió profundamente, haya adquirido el absoluto convencimiento en la realidad objetiva de las doctrinas religiosas, de su verdad. Bien; pero, ¿qué significa esto para los otros?

El segundo intento es el de la filosofía del «como si». Señala que en nuestra actividad mental existen numerosas hipótesis cuyo carácter infundado y aun absurdo discernimos claramente. Se les llama ficciones, pero por múltiples motivos prácticos tenemos que comportarnos «como si» creyéramos en ellas. Esto es válido para las doctrinas religiosas a causa de su extraordinaria importancia para la conservación de la sociedad humana. Semejante argumentación no difiere mucho del «*Credo quia absurdum*». Pero opino que el reclamo del «como si» es de tal índole que sólo un filósofo puede postularlo. Quien no esté influido en su pensamiento por los artificios de la filosofía nunca podrá aceptarlo; así no podrá conceder nunca un valor a cosas consideradas de antemano absurdas y contrarias a la razón. Es imposible moverlo a que renuncie, nada menos que en el tratamiento de sus intereses más importantes, a las certezas que suele pedir en el resto de sus actividades habituales. Me acuerdo de uno de mis hijos que se distinguió desde muy temprano por una particular insistencia en lo fáctico, positivo. Toda vez que se relataba a los niños un cuento que escuchaban con devoción, él venía y preguntaba: «¿Es una historia verdadera?». Habiéndosele

---

<sup>16</sup> “Lo creo porque es absurdo”, sentencia atribuida a Tertuliano.

respondido que no, se alejaba con gesto de menosprecio. Es de esperar que pronto los seres humanos adopten parecido comportamiento frente a los cuentos religiosos, a pesar de la recomendación del «como si»<sup>17</sup>.

Mas por ahora siguen comportándose de muy otra manera, y en épocas pasadas las representaciones religiosas ejercieron el más intenso influjo sobre la humanidad, a pesar de su indiscutible falta de evidencia. He ahí un nuevo problema psicológico. Es preciso preguntar: ¿en dónde radica la fuerza interna de estas doctrinas, a qué causas deben su eficacia independiente de la aceptación racional?

---

<sup>17</sup> [NT] Me parece que podemos esperar sentados.

## VI

Creo que ya hemos preparado suficientemente la respuesta a ambas preguntas. La obtendremos atendiendo a la génesis psíquica de las representaciones religiosas. Estas que se proclaman enseñanzas no son decantaciones de la experiencia ni resultados finales del pensar; son ilusiones, realizaciones de los deseos más antiguos, más intensos, más apremiantes de la humanidad; el secreto de su fuerza es la fuerza de esos deseos. Ya sabemos que la penosa sensación que provoca al niño su desvalimiento ha despertado la necesidad de protección -protección por amor-, proveída por el padre; y el conocimiento de que ese desamparo duraría toda la vida causó la creencia en que existía un Padre, pero uno mucho más poderoso. El reinado de una Providencia divina bondadosa calma la angustia frente a los peligros de la vida; la institución de un orden ético del universo asegura el cumplimiento de la demanda de justicia, la victoria final de esta tan a menudo incumplida dentro de la cultura humana; la prolongación de la existencia terrenal en una vida futura presta los marcos espaciales y temporales en que están destinados a consumarse tales realizaciones de deseo. A partir de las premisas de este sistema, se desarrollan respuestas a ciertos enigmas que inquietan al apetito humano de saber; por ejemplo, el de la génesis del mundo y el del vínculo entre lo corporal y lo anímico; significa un enorme alivio para la psique del individuo que se le quiten de encima los conflictos, nunca superados del todo, que nacieron en su infancia en torno del complejo paterno, y se le provea una solución universalmente admitida.

Cuando digo que todas esas son ilusiones, tengo que despejar el significado del término. Una ilusión no es lo mismo que un error; tampoco es necesariamente un error. La opinión de Aristóteles de que los parásitos se criaban en la suciedad, que el pueblo ignorante sustenta todavía hoy, era un error, lo mismo que la de los médicos de una generación anterior según la cual la *tabes dorsalis* era consecuencia de los excesos sexuales. Sería abusivo llamar ilusiones a estos errores. En cambio, fue una ilusión de Colón la de haber descubierto una nueva vía marítima hacia las Indias. Es por demás evidente la participación de su deseo en ese error. Puede calificarse de ilusión la tesis de ciertos nacionalistas, para quienes los indogermanos serían la única raza apta para la cultura, así como la creencia -sólo destruida por el psicoanálisis- de que el niño carecería de sexualidad. Lo característico de la ilusión es que siempre deriva de deseos humanos; en este aspecto se aproxima a la idea delirante de la psiquiatría, si bien tampoco se identifica con ella, aun si prescindimos del complejo edificio de la idea delirante. Destacamos como lo esencial en esta última su contradicción con la realidad efectiva; en cambio, la ilusión no necesariamente es falsa, vale decir, irrealizable o contradictoria con la realidad. Por ejemplo, una muchacha de clase media puede hacerse la ilusión de que un príncipe vendrá a casarse con ella. Y es posible que haya sucedido en algunos casos<sup>18</sup>. Mucho menos probable es la venida del Mesías para fundar una nueva Edad de Oro; esta creencia se clasificará como ilusión o como análoga a una idea delirante, según sea la actitud personal de quien la juzgue. No es fácil hallar ejemplos de ilusiones cumplidas; pero la de los alquimistas, de transformar todos los metales en oro, podría ser una de ellas. El deseo de tener mucho oro, todo el oro del mundo, está muy amortiguado por nuestra actual intelección de las condiciones de la riqueza; empero, la química ya no considera imposible una trasmutación de los metales en oro. Por lo tanto, llamamos ilusión a una creencia cuando en su motivación obra sobre todo la realización

---

<sup>18</sup> [NT] Aquí en España con el príncipe Felipe, hijo del rey Juan Carlos I, que se casó con Doña Leticia.

de deseo; y en esto prescindimos de su nexa con la realidad efectiva, tal como la ilusión misma renuncia a sus pruebas testimoniales.

Tras esta orientación que hemos tomado, volvamos a las doctrinas religiosas. Nos es lícito, entonces, repetir: todas ellas son ilusiones, son indemostrables, y no se puede legítimamente obligar a nadie a aceptarlas como ciertas, a creer en ellas. Algunas son tan inverosímiles, contradicen tanto lo que trabajosamente hemos podido averiguar sobre la realidad del mundo, que se las puede comparar -bajo la debida reserva de las diferencias psicológicas- con las ideas delirantes. Acerca del valor de realidad de la mayoría de ellas ni siquiera puede formularse un juicio. Son tan indemostrables como irrefutables. Todavía sabemos muy poco para ensayar una aproximación crítica. Los enigmas del mundo se revelan a nuestra investigación sólo lentamente; son muchas las preguntas que la ciencia no puede responder aún. No obstante, el trabajo científico es el único camino, a nuestro juicio, que puede llevarnos al conocimiento de la realidad objetiva, exterior a nosotros. Tampoco es otra cosa que una ilusión esperar algo de la intuición y del éxtasis ensimismado; apenas pueden darnos algo más que noticias -de difícil interpretación- sobre nuestra propia vida anímica, pero ninguna sobre las cuestiones cuya respuesta hallan tan fácil las doctrinas religiosas. Sería impío llenar con el propio capricho las lagunas del saber y declarar más o menos aceptable, siguiendo una apreciación personal, este o estotro fragmento del sistema religioso. Es que esas cuestiones son demasiado importantes para ello; y diríamos: demasiado sagradas.

En este punto puede esperarse una objeción: «Muy bien; pero si aun el escéptico más empedernido admite que las aseveraciones de la religión no pueden refutarse con el entendimiento, ¿por qué yo no debería creer en ellas, cuando tienen tanto en su favor: la tradición, el acuerdo de la mayoría de los hombres y todo el consuelo de su contenido?». Y bien, ¿por qué no? Así como nadie está obligado a creer, nadie lo está a la incredulidad. Pero que nadie, tampoco, se complazca con el autoengaño de que mediante tales argumentaciones anda por el camino del pensamiento correcto. Si alguna vez se acertó al condenar algo como «subterfugio», este es el caso. La ignorancia es la ignorancia; de ella no deriva derecho alguno a creer en algo. En otros asuntos, ningún hombre racional, por no decir razonable se comportará tan a la ligera ni se contentará con fundamentos tan pobres en sus juicios y opiniones; sólo se lo consiente en las materias supremas y más sagradas. En realidad, no son más que empeños de crear, frente a sí mismo o a otros, el espejismo de que uno sustenta aún la religión, cuando en verdad hace mucho la ha abandonado. Cuando de religión se trata, los seres humanos incurren en toda clase de insinceridades y desaguizados intelectuales. Hay filósofos que extienden el significado de ciertas palabras hasta que apenas conservan algo de su sentido originario; llaman «Dios» a cualquier vaga abstracción que ellos mismos se forjaron, y entonces se presentan ante el mundo como deístas, creyentes en Dios, y pueden jactarse de haber discernido un concepto superior, más puro, de Él, aunque su Dios sea apenas una sombra sin sustancia y haya dejado de ser la poderosa personalidad de la doctrina religiosa. Los críticos se empeñan en declarar «profundamente religioso» a cualquiera que confiese el sentimiento de insignificancia e impotencia del hombre frente al todo del universo, olvidando que ese sentimiento no constituye la esencia de la religiosidad, pues esta adviene sólo en el paso siguiente, la reacción que busca un socorro frente a tal sentimiento. Quien no se decida a dar ese paso, quien se conforme, humillado, con el ínfimo papel del hombre dentro del vasto universo, es más bien religioso en el sentido más verdadero de la palabra.

No está en los planes de esta indagación adoptar una posición frente al valor de verdad de las doctrinas religiosas. Nos basta con haberlas discernido en su naturaleza psicológica como ilusiones, o al menos no haber podido desmentir en modo alguno esa

naturaleza ilusoria. Ahora bien, no necesitamos disimular que ese descubrimiento influirá considerablemente sobre la actitud que asumamos frente a la cuestión que a muchos parecerá la más importante. Sabemos de manera aproximada en qué épocas se crearon las doctrinas religiosas, y qué clase de hombres las crearon. Si ahora averiguamos los motivos por los cuales ello sucedió, nuestro punto de vista sobre el problema religioso experimenta un notable desplazamiento. Nos decimos que sería por cierto muy hermoso que existiera un Dios creador del universo y una Providencia bondadosa, un orden moral del mundo y una vida en el más allá; pero es harto llamativo que todo eso sea tal como no podríamos menos que desearlo. Y más raro aún sería que nuestros antepasados, más pobres, más ignorantes y carentes de libertad que nosotros, hubieran tenido la suerte de solucionar todos esos difíciles enigmas del universo.

## VII

Después de concluir que las doctrinas religiosas son ilusiones, se nos plantea otra pregunta: ¿No serán de parecida naturaleza otros patrimonios culturales que tenemos en alta estima y por los cuales regimos nuestra vida? ¿No deberán llamarse también ilusiones las premisas en las que se fundan nuestras instituciones estatales y que regulan nuestras normas? ¿Una serie de ilusiones eróticas no enturbiará en nuestra cultura las relaciones entre los sexos? Una vez despierta nuestra desconfianza, ni siquiera retrocederemos ante la sospecha de que tampoco posea fundamentos demasiado sólidos nuestra convicción de que podemos averiguar algo sólido acerca de la realidad exterior mediante el empleo de la observación y el pensamiento dentro del trabajo científico. No vamos a negarnos que esta observación recaiga sobre nuestro propio ser y el uso del pensamiento para su propia crítica. Aquí se abre una serie de indagaciones cuyos resultados serán, necesariamente, decisivos para la construcción de una “concepción del Universo” [“cosmovisión”] (*Weltanschauung*). Vislumbramos también que ese empeño no será vano, y que nuestra suspicacia resultaría justificada al menos en parte. Pero el autor no se considera con capacidad suficiente para emprender una tarea tan vasta, y se ve obligado a circunscribir aquí su trabajo al estudio más profundizado de una sola de esas ilusiones: la religiosa.

Nuestro contradictor, imperioso, alza de nuevo su voz en este punto y nos pide cuentas por nuestro proceder que juzga ilícito. Dice:

«Los intereses arqueológicos son loables, por cierto, pero no se emprendería excavación alguna si hubiera de socavar las viviendas de los vivos con el peligro de derrumbarlas y sepultar a sus moradores bajo sus escombros. Las doctrinas religiosas no son un tema como cualquier otro, sobre el que se pudiera trapichear impunemente. Nuestra cultura está edificada en buena parte sobre ellas, la conservación de la sociedad tiene como premisa que la inmensa mayoría de los seres humanos crean en la verdad de tales doctrinas. Si se les enseña que no existe un Dios omnipotente e infinitamente justo, y tampoco un orden divino del mundo ni una vida futura, se sentirán descargados de toda obligación de obediencia a los preceptos culturales. Cada cual, exento de inhibición y de angustia, seguirá sus pulsiones egoístas y asociales, procurará reafirmar su poder personal; así recomenzará el caos que habíamos desterrado mediante un milenarismo trabajo cultural. Aun cuando uno supiera y pudiera demostrar que la religión no está en posesión de la verdad, debería callar y comportarse como lo pide la filosofía del “como si”. ¡Y ello en interés de nuestra propia conservación y la de todos! Hay más: prescindiendo de lo peligroso de la empresa, es una crueldad inútil. Incontables seres humanos hallan en las doctrinas de la religión su único consuelo, sólo con su auxilio pueden soportar la vida. Se quiere arrebatarles este apoyo, no teniendo nada mejor para ofrecerles a cambio. Admitido está que la ciencia por ahora no consigue gran cosa, pero aunque estuviera mucho más adelantada tampoco sería suficiente para contentar a los hombres. Es que el ser humano tiene otras necesidades imperativas que nunca podrá satisfacer la fría ciencia, y es harto extraño, y llega al colmo de la inconsecuencia, que un psicólogo que siempre ha destacado lo mucho que en la vida de los hombres la inteligencia va a la zaga de la vida pulsional se empeñe ahora en quitarles una preciosa realización de deseo, pretendiendo compensarles con una exquisitez intelectual».

¡Son muchas acusaciones de una sola vez! Pero estoy preparado para rebatirlas todas, y además sustentaré la tesis de que la cultura corre mayor peligro aferrándose a su vínculo actual con la religión que desatándolo.

Sólo que no sé muy bien por dónde empezar mi réplica. Quizás asegurando que, por mi parte, considero inofensiva e inocua mi empresa. No es, desde luego, a mí, en este caso, a quien puede reprochársele una sobrevaloración del intelecto. Si los hombres son tales como mi oponente los describe -y no he de contradecirle-, no hay peligro alguno de que un creyente, abrumado por mis argumentos, haya de abandonar su fe. Además, nada he dicho que no hayan enunciado antes que yo hombres mejores, y de manera mucho más perfecta, competente e impresionante. Son de sobra conocidos; no los citaré, a fin de que no parezca que pretendo ponerme en un pie de igualdad con ellos<sup>19</sup>. Me he limitado -y es lo único novedoso en mi exposición- a agregar alguna fundamentación psicológica a la crítica de mis predecesores. Es hartamente improbable que ese complemento, justamente él, produzca el efecto denegado a las críticas anteriores. Es claro que ahora se me podría preguntar para qué escribir tales cosas, si uno está seguro de su ineficacia<sup>20</sup>. Pero sobre eso volveremos más adelante.

El único a quien esta publicación puede perjudicar es a mí mismo. Me temo que tendré que oír los más inamistosos reproches de superficialidad, estrechez de miras, falta de idealismo y de comprensión para los supremos intereses de la humanidad. Pero, por un lado, tales imputaciones no son algo nuevo para mí, y, por el otro, si alguien ya en sus años más jóvenes hubo de sobreponerse a la animadversión de sus contemporáneos, ¿qué puede importarle ahora, cuando acercándose a la ancianidad está seguro de encontrarse pronto más allá de todo favor o desfavor? En otros tiempos ciertamente no ocurría así; manifestaciones de este tipo le valían a uno la segura abreviación de su existencia terrenal y un buen atajo de la oportunidad de comprobar o no por sí mismo la existencia de la vida en el más allá. Pero parece que tales épocas han pasado<sup>21</sup>, y hoy escribir sobre estos asuntos es inocuo aun para el autor. A lo sumo, en tal o cual país no se permitirá traducir o difundir su libro. Desde luego, ello ocurrirá justamente en un país que se jacta y se siente seguro de su elevado grado de cultura<sup>22</sup>. Pero si uno aboga con denuedo en favor de una renuncia al deseo y una aceptación del destino, nos parece que debería poder soportar también estos perjuicios, o deberíamos decir pequeñas contrariedades<sup>23</sup>.

Establecido lo anterior, me pregunto si la publicación de este escrito no podría, a pesar de todo, ser perjudicial para alguien. No me refiero tanto a una persona como a una causa, la del psicoanálisis. No puede desconocerse que es creación mía y que ha despertado en muchos sectores harta desconfianza y animadversión; y si ahora además salgo a la palestra con unas manifestaciones que pueden causar tanto disgusto, habrá quienes estarán sobradamente dispuestos a desplazar la responsabilidad de mi persona a la del psicoanálisis. Ahora se ve claramente al fin -dirán- adónde lleva el psicoanálisis.

---

<sup>19</sup> [NT] Aquí voy a hacerle una observación analítica a Freud al que he seguido atentamente: “1º es una lástima que no diga a quien se refiere y suponga conocidos esos nombres, eso sólo puede prestarse al malentendido y tal vez a una sobrevaloración impertinente de su interlocutor; 2º que un hombre como usted pretenda no estar a la altura de esos hombres francamente me parece una falsa humildad por su parte, ¿Por qué no deja que sean sus lectores quienes decidan donde le ponen respecto a ellos? En conjunto esta frase me parece un ejemplo de lo que usted mismo califica como negación. ¿Negación de qué? De la ignorancia de sus interlocutores y de su inteligencia de usted.”

<sup>20</sup> [NT] Ineficacia para algunos en todo caso, en ningún caso para todos.

<sup>21</sup> [NT] Aquí Freud me parece que peca de optimismo, aunque podamos concederle que globalmente o tal vez sería mejor decir en los países occidentales las cosas han mejorado. Y no voy a seguir diciendo lo que pienso por si acaso alguien lo confunde con una caricatura y yo mismo me veo cual metido en una máquina del tiempo retrotraído a ese pasado que Freud cree cancelado.

<sup>22</sup> [NT] No sabemos a qué se refiere aquí Freud exactamente: Rusia?, pero efectivamente eso iba a ocurrir pronto en Alemania.

<sup>23</sup> [NT] Si Dios y la vida ultraterrena efectivamente existen, ¿de qué modo puede afectarles a un Dios infinito y omnipotente esas nimiedades paganas?

La máscara ha caído: a negar la existencia de Dios, a ignorarlo y de todo ideal ético, como siempre lo habíamos sospechado. Para evitar que lo descubriéramos, se nos engatusó con que el psicoanálisis no posee una cosmovisión particular del universo ni podría crearla<sup>24</sup>.

Y en efecto, ese alboroto habrá de resultarme muy desagradable a causa de mis numerosos colaboradores, muchos de los cuales no comparten en absoluto mi posición frente a los problemas religiosos. Pero el psicoanálisis ha capeado ya muchas tormentas, y pienso que podemos exponerlo también a esta. En realidad, el psicoanálisis como tal es un método de investigación, un instrumento neutral, como lo es, por ejemplo, el cálculo infinitesimal. Si con ayuda de este último un físico llegara a la conclusión de que trascurrido cierto lapso la Tierra desaparecerá, es evidente que se vacilará en atribuir al cálculo mismo tendencias destructivas y en condenarlo y proscribirlo por ellas. Nada de lo que he dicho aquí sobre el valor de verdad de la religión necesitaba del psicoanálisis, pues fue enunciado por otros mucho antes que él existiera. Y si de la aplicación del método psicoanalítico puede extraerse un nuevo argumento en contra del contenido de verdad de la religión, *tant pis* para ella, pero los defensores de la religión podrán servirse, con igual derecho, del psicoanálisis para apreciar cabalmente la importancia y el significado afectivo de las doctrinas religiosas.

Retomo mi defensa: es evidente que la religión ha prestado grandes servicios a la cultura humana, y ha contribuido en mucho a domeñar las pulsiones asociales, aunque no lo bastante<sup>25</sup>. Durante milenios gobernó a la sociedad humana; tuvo tiempo para demostrar su eficacia, lo que era capaz de conseguir. Si hubiera logrado hacer felices a la mayoría de los hombres, consolarlos, reconciliarlos con la vida, convertirlos en firmes sustentadores de la cultura, a nadie se le habría ocurrido aspirar a un cambio de la situación existente. Pero en lugar de esto ¿Qué vemos? Que un número excesivamente grande de seres humanos están descontentos con la cultura y se sienten desdichados en ella, la sienten como un yugo que es preciso sacudirse; que lo esperan todo de una modificación de esa cultura, o llegan tan lejos en su hostilidad contra ella que no quieren saber absolutamente nada de cultura ni de limitación de las pulsiones, que asocian a la misma. En este punto se nos objetará que ese estado de cosas se debe justamente a que la religión ha perdido una parte de su influencia sobre las masas, a consecuencia del lamentable efecto de los progresos científicos. Tomamos nota de esta admisión y el fundamento aducido, para usarlo luego en apoyo de nuestros propósitos; pero la objeción misma carece de fuerza.

Es dudoso que en la época del gobierno irrestricto de las doctrinas religiosas, de su supremacía ilimitada los seres humanos fueran, en general, más felices que hoy; pero indudablemente no eran más morales. Siempre se arreglaron para convertir los preceptos religiosos en algo extrínseco, haciendo fracasar su propósito. Los sacerdotes, que debían ser los guardianes de la obediencia a la religión, se mostraron complacientes. La bondad de Dios debía parar el golpe de su justicia: se pecaba, luego se ofrendaban sacrificios o un acto de contrición, y ya se estaba libre para volver a pecar. El fervor ruso, acendrado, llegó a la conclusión de que el pecado era indispensable para gozar de todas las bendiciones de la Gracia Divina; en el fondo, sería una obra agradable a Dios. Es manifiesto que los sacerdotes pudieron mantener la sumisión de las masas a la religión sólo a costa de hacer grandes concesiones a la naturaleza pulsional del ser humano. Lo dicho: sólo Dios es fuerte y bueno, en cambio el hombre es débil y pecador. En todos los tiempos, la inmoralidad no encontró en la religión menos apoyo que la

---

<sup>24</sup> [NT] Véanse las observaciones al respecto contenidas en *Inhibición, sintoma y angustia* (1926d), *AE*, XX, p. 91-92.

<sup>25</sup> [NT] A veces incluso las incita o es un pretexto para ello.

moralidad. Pero entonces, no habiendo obtenido la religión mejores resultados en favor de la felicidad de los seres humanos, de su aptitud para la cultura y de su limitación ética, cabe preguntarse si no sobrestimamos su carácter necesario para la humanidad y si obramos sabiamente fundando en ella nuestras exigencias culturales.

Reflexiónese sobre la situación actual, cuyos rasgos son inequívocos. Según ya oímos, se admite que la religión no ejerce la misma influencia que antes sobre los hombres. (Aquí nos referimos a la cultura cristiano-europea.) Ello no se debe a que sus promesas se hayan reducido, sino a que los hombres parecen menos crédulos. Concedamos que la razón de este cambio es el fortalecimiento del espíritu científico en los estratos superiores de la sociedad. (Quizá no sea la única causa.) La crítica ha socavado la fuerza probatoria de los documentos religiosos; la ciencia natural ha señalado los errores que contienen, y el estudio comparado ha registrado la llamativa y fatal semejanza entre las representaciones religiosas que nosotros veneramos y las producciones espirituales de pueblos y épocas primitivos.

El espíritu científico engendra una actitud determinada frente a las cosas de este mundo; en materia de religión se detiene por un momento, titubea, y por fin atraviesa el umbral también aquí. Este proceso no sabe de detenciones; mientras más accesibles a los seres humanos se vuelven los tesoros de nuestro saber, tanto más se difunde la renegación de la fe religiosa, primero sólo de sus vestiduras anticuadas y chocantes, pero después también de sus premisas fundamentales. Los norteamericanos, que montaron el proceso de los monos en Dayton<sup>26</sup>, han demostrado ser los únicos consecuentes. La inevitable transición se consuma en otras partes con medias tintas e insinceridades.

La cultura tiene poco que temer de parte de las personas cultas y los trabajadores intelectuales. La sustitución de los motivos religiosos de conducta cultural por otros, mundanos, se consumaría en ellos silenciosamente; además, son en buena parte sustentadores de cultura. No ocurre lo mismo con la gran masa de los analfabetos, de los incultos, de los oprimidos, que tienen todas las razones para ser enemigos de la cultura. Mientras siga creyendo en Dios [“Dios es mi consuelo”], todo irá bien. Pero si llegan a enterarse de que ya no creen en Dios, e indefectiblemente llegarán a enterarse, aunque este escrito mío no se publique. Y están predispuestos a aceptar los resultados del pensar científico [como una nueva creencia] sin que se haya producido en ellos el cambio racional que el saber científico conlleva en el ser humano que practica el método que lleva al mismo y que le da a aquel su valor como conocimiento verdadero<sup>27</sup>. ¿No se corre el peligro de que la hostilidad de las masas hacia la cultura se precipite sobre el punto débil que han descubierto en sus amos? Si uno no tiene permitido matar a su prójimo por la única razón de que el buen Dios lo ha prohibido y cobrará el castigo en esta o en la otra vida, y ahora uno se entera de que no existe el buen Dios, tampoco habrá que temer su punición y uno matará sin reparos; sólo la violencia terrenal, la coerción social podrá disuadirlo de ello. Llegados a este punto se plantea pues el siguiente dilema: o mantener a estas masas peligrosas en una absoluta ignorancia, evitando cuidadosamente y bloqueando todas las oportunidades que pudieran llevar a su despertar intelectual; o bien, el otro extremo de la alternativa: llevar a cabo una revisión fundamental y radical de la relación entre cultura y religión.

---

<sup>26</sup> [NT] Pequeño poblado de Tennessee (EEUU) donde en 1925 un maestro de escuela fue sometido a juicio por enseñar que “el hombre desciende de los animales inferiores”, en violación de una de las leyes de dicho estado.

<sup>27</sup> [NT] Lo que no debe confundirse con la creencia en su Verdad absoluta.

## VIII

Podría esperarse que la ejecución de esta última propuesta no tropezará con demasiadas dificultades. Supone, desde luego, una renuncia, pero quizás es más lo que se gana, y se evita un gran peligro. No obstante, la gente se espanta de ello, como si de ese modo se expusiera a la cultura a un peligro todavía mayor. Cuando San Bonifacio derribó el árbol sagrado venerado por los sajones, los circunstantes aguardaban un terrible acontecimiento como consecuencia de la impiedad. No ocurrió nada, y los sajones aceptaron las aguas del bautismo.

Si la cultura ha establecido el mandamiento de no matar al prójimo a quien se odia, que se interpone en nuestro camino o cuyos bienes se codician, es manifiesto que lo ha hecho en interés de la convivencia humana, la cual de lo contrario se haría insostenible. En efecto, el asesino se atraería la venganza de los parientes del muerto y la sorda envidia de los demás, que igualmente registrarían una inclinación interna a cometer pareja violencia. Así, no gozaría mucho tiempo de su venganza, de su odio o de su botín, sino que tendría todas las perspectivas de ser asesinado a su vez. Y aun si mediante una fuerza y una precaución extraordinarias se protegiera de cada uno de sus contrincantes por separado, sucumbiría inevitablemente a una alianza de los más débiles. Pero si no se produjera tal unión, los asesinatos proseguirían sin término, y los seres humanos acabarían eliminándose unos a otros. Sería este, entre individuos, un estado como el que perdura en Córcega entre familias, y en otras partes sólo entre naciones. Ahora bien, el riesgo de muerte, igual para todos, reúne a los hombres en una sociedad que prohíbe al individuo el asesinato y se reserva el derecho de matar en común a quien transgreda esa prohibición. Ahí [en esa muerte impuesta por la colectividad] tenemos, pues, justicia y pena.

No compartimos este fundamento acorde a la ratio de la prohibición de matar, sino que aseveramos que Dios lo promulgó. Osamos así colegir sus propósitos, y hallamos que El no quiere que los hombres se eliminen unos a otros. Procediendo de ese modo, es cierto que revestimos la prohibición cultural de una notabilísima solemnidad, pero corremos el riesgo de hacer depender la obediencia a ella de la fe en Dios. Si retrocedemos ese paso, si dejamos de atribuir nuestra voluntad a Dios y nos conformamos con el fundamento social, es verdad que renunciamos a glorificar la prohibición cultural, pero también la ponemos a salvo de riesgos. Y no es lo único que ganamos: mediante una suerte de difusión o de infección, el carácter de lo sacro, de lo inviolable, diríamos de lo que está «más allá», se extiende de unas pocas prohibiciones importantes a todas las otras normas, leyes y regímenes culturales. Ahora bien, a estos la apariencia de sacralidad les suele sentar muy mal; y no sólo porque se desvalorizan unos a otros, adoptando determinaciones contrapuestas en diversos momentos y lugares, sino porque exhiben, además, todos los signos de la insuficiencia humana. En ellos se discierne fácilmente lo que es sólo producto de una tímida miopía intelectual, exteriorización de mezquinos intereses o conclusión de premisas defectuosas. Y la crítica que merecen disminuye también, de un modo indeseable, el respeto por otras exigencias culturales, mejor justificadas. Espinosa tarea sería diferenciar lo que Dios mismo exige y lo que más bien deriva de la autoridad de un parlamento omnímodo o de un alto magistrado; por eso sería una indudable ventaja dejar en paz a Dios y admitir honradamente el origen sólo humano de todas las normas y todos los preceptos de la cultura. Con la pretendida sacralidad desaparecería también el carácter rígido e inmutable de tales mandamientos y leyes. Los hombres podrían comprender que fueron creados no tanto para gobernarlos como para servir finalmente a sus intereses; los

mirarían de manera más amistosa, y en vez de su abolición se propondrían como meta su mejoramiento. Significaría ello un importante progreso por el camino que lleva a reconciliarse con la presión de la cultura.

Pero en este punto nuestro alegato en favor de fundamentar los preceptos culturales sobre la pura ratio, o sea reconducirlos a una necesidad social, es interrumpido de pronto. Se alza un reparo. Hemos tomado como ejemplo la génesis de la prohibición de matar. ¿Acaso nuestra exposición de ella responde a la verdad histórica (*historisch*)? Nos tememos que no; parece ser sólo una construcción racionalista. Justamente, hemos estudiado con ayuda del psicoanálisis esta pieza de la historia real (*Geschichte*) de la cultura<sup>28</sup> y, basándonos en ese trabajo, tenemos que decir que en la realidad efectiva las cosas ocurrieron de otro modo<sup>29</sup>. Aun en el hombre actual, unos motivos puramente racionales pueden poco frente a impulsos apasionados; ¡cuánto más impotentes debieron de ser en aquel animal humano de la prehistoria! Quizá sus descendientes carecerían todavía hoy de inhibiciones, se matarían unos a otros, si entre aquellos asesinatos no hubiera habido uno, el del padre primitivo, que convocó una reacción afectiva irresistible, grávida en consecuencias. De esta proviene el mandamiento «No matarás», que en el totemismo se limitaba al sustituto del padre, más tarde se extendió a otros seres y aún hoy sigue teniendo excepciones.

Ahora bien, de acuerdo con unas tesis que no necesito repetir aquí, aquel padre primordial fue la imagen primordial (*Urbild*) de Dios, su modelo (*Modell*), siguiendo el cual generaciones posteriores formaron (*bilden*) la figura de Dios. Por lo tanto, la figuración religiosa acierta; Dios participó efectivamente en la génesis de aquella prohibición, fue su influjo y no la intelección de una necesidad social el que la creó. Y el desplazamiento de la voluntad humana a Dios está por completo justificado; los hombres sabían, en efecto, que habían eliminado al padre mediante la violencia, y en la reacción frente a su impiedad se propusieron respetar en lo sucesivo su voluntad. Entonces, la doctrina religiosa nos comunica la verdad histórica (*historisch*), sin duda con cierta transformación y vestidura; nuestra representación acorde a la ratio, en cambio, la desmiente.

Ahora caemos en la cuenta de que el tesoro de las representaciones religiosas no contiene sólo realizaciones de deseo, sino sustantivas reminiscencias históricas (*historisch*). Y esta acción conjugada de pasado y futuro, ¡qué infinito poder no prestará a la religión! Pero acaso vislumbramos ya, con ayuda de una analogía, una intelección diferente. No es bueno trasladar los conceptos muy lejos del suelo en que crecieron, pero estamos obligados a hacer constar la coincidencia. Acerca de los niños, sabemos que no pueden recorrer bien su camino de desarrollo hacia la cultura sin pasar por una fase de neurosis, más o menos nítida o definida. Esto se debe a que el niño no puede sofocar, mediante un trabajo intelectual acorde a la ratio, considerable número de sus exigencias pulsionales inválidas para su vida posterior, sino que debe domeñarlas mediante actos de represión tras los cuales se encuentra, por regla general, un motivo de angustia. La mayoría de estas neurosis de la infancia se superan espontáneamente en el curso del crecimiento; en particular, las neurosis obsesivas de la niñez tienen ese destino. En cuanto a las restantes, el tratamiento psicoanalítico podrá desarraigarlas en una época posterior. De manera en un todo parecida, cabría suponer que la humanidad en su conjunto, en el curso de su secular desarrollo, cayó en estados análogos a las

---

<sup>28</sup> Cf. el cuarto ensayo de *Tótem y tabú* (1912-13).

<sup>29</sup> [NT] A partir de aquí, Freud pide que le creamos o que leamos los argumentos que nos propone a favor de esta tesis en *Tótem y tabú*. Nos parece que la argumentación que seguía hasta aquí tiene una fuerza estructural que no es la de la que seguirá (histórica y no probatoria cuestionable). Dejamos al lector que sea él quien juzgue.

neurosis<sup>30</sup>, y sin duda por las mismas razones: porque en las épocas de su ignorancia y su debilidad intelectual, las renunciadas de lo pulsional indispensables para la convivencia humana sólo podían obtenerse a través de unas fuerzas puramente afectivas. Y luego quedaron por largo tiempo adheridas a la cultura las sedimentaciones de esos procesos, parecidos a una represión, acaecidos en la prehistoria. La religión sería la neurosis obsesiva humana universal; como la del niño, provendría del complejo de Edipo, del vínculo con el padre. Y de acuerdo con esta concepción cabría prever que, por el carácter inevitable y fatal de todo proceso de crecimiento, el extrañamiento respecto de la religión debe consumarse, y que ahora, justamente, nos encontraríamos en medio de esa fase de desarrollo.

Por consiguiente, nuestra conducta debería inspirarse en el modelo de un pedagogo comprensivo que no procura contrariar una neoformación inminente, sino propiciarla y amortiguar la violencia de su estallido. Es cierto que la esencia de la religión no se agota con esta analogía. Si por una parte ofrece limitaciones obsesivas como sólo las conlleva una neurosis obsesiva individual, por la otra contiene un sistema de ilusiones de deseo con desmentida<sup>31</sup> de la realidad efectiva (*mit Verleugnung der Wirklichkeit*), tal como únicamente la hallamos, aislada, en una amentia<sup>32</sup>, en una confusión alucinatoria beatífica. Estas no son más que comparaciones mediante las cuales nos empeñamos en comprender el fenómeno social; la psicología individual no nos proporciona nada que sea su cabal correspondiente.

Repetidas veces ha sido señalado (por mí mismo, y en particular por T. Reik<sup>33</sup>) cuán en detalle puede perseguirse la analogía de la religión con una neurosis obsesiva, y cuántas peculiaridades y destinos de la formación religiosa pueden comprenderse por este camino. Armoniza muy bien con esto el hecho de que el creyente esté protegido en alto grado del peligro de contraer ciertas neurosis; la aceptación de la neurosis universal lo dispensa de la tarea de plasmar una neurosis personal.

Haber discernido el valor histórico (*historisch*) de ciertas doctrinas religiosas acrecienta nuestro respeto hacia ellas, pero no invalida nuestra propuesta de retirarlas de su papel de motivación de los preceptos culturales. ¡Al contrario! Con ayuda de estos restos históricos (*historisch*), hemos llegado a concebir las enseñanzas religiosas como reliquias neuróticas y ahora tenemos derecho a decir que probablemente sea ya tiempo de sustituir, como se hace en el tratamiento analítico del neurótico, los resultados de la represión por los de un trabajo intelectual racional. Es previsible -pero difícilmente lamentable- que una recomposición de esta índole no se detenga en la renuncia a la glorificación solemne de los preceptos culturales, sino que su revisión general habrá de tener como consecuencia la cancelación de muchos. La tarea que enfrentamos, de reconciliar a los seres humanos con la cultura, se solucionará en vasta medida por ese camino. Y que no nos pese la renuncia a la verdad histórica a cambio de la motivación racional de los preceptos culturales. Las verdades contenidas en las doctrinas religiosas se encuentran tan desfiguradas y sistemáticamente disfrazadas que la masa de los seres humanos no pueden discernirlas en su carácter de verdades. Un caso parecido es aquel en que se cuenta al niño que la cigüeña trae a los bebés. También ahí decimos la verdad

---

<sup>30</sup> [NT] Freud vuelve a tratar esto al final de *El malestar en la cultura* (1930a), en la última de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a) y en el ensayo III de *Moisés y la religión monoteísta* (1939a).

<sup>31</sup> [NT] Para este concepto véase el trabajo sobre el "Fetichismo" (1927e)

<sup>32</sup> [NT] Se trata de la "amenita de Meynert". Véase asimismo el "Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños" (FREUD, 1917d)

<sup>33</sup> [NT] Cf. FREUD (1907b), "Acciones obsesivas y prácticas religiosas"; REIK, T. (1927) "Dogma und Zwangsidee: eine psychoanalytische Studie zur Entwicklung der Religion", *Imago*, 13. Después publicado en forma de libro: Viena, 1927.

en un disfraz simbólico, pues sabemos lo que significa el gran pájaro. Pero el niño no lo sabe, aprehende sólo la parte desfigurada; luego se considera engañado, y ya sabemos cuán a menudo su desconfianza hacia los adultos y su porfía se ligan justamente a esa impresión. Hemos llegado a la conclusión de que es mejor abstenerse de comunicar tales disfraces simbólicos de la verdad y no denegar al niño el conocimiento de los hechos reales, adecuándolos naturalmente a su nivel intelectual.

## IX

«Usted se permite contradicciones muy difícilmente conciliables entre sí. Primero afirma que un escrito como el suyo es por entero inocuo. Nadie se dejará arrebatar sus creencias religiosas por unas elucidaciones de esa índole. Pero sin duda el propósito de usted es perturbar esas creencias, como se vio después. Puede preguntarse, entonces: ¿Por qué las publica realmente? En otro lugar usted admite que puede volverse peligroso, y aun en alto grado, que alguien se entere de que ya no se cree en Dios. Ese alguien fue hasta ese momento obediente, y ahora se niega por completo a obedecer los preceptos culturales. Toda la argumentación de usted según la cual la motivación religiosa de los mandamientos de la cultura significa un peligro para ella se basa en el supuesto de que el creyente pueda ser convertido en un incrédulo, y ello por cierto constituye una total contradicción.

»Otra contradicción se presenta cuando usted por una parte admite que el ser humano no puede ser guiado por la inteligencia, puesto que es gobernado por sus pasiones y exigencias pulsionales, pero por la otra propone sustituir las bases afectivas de su obediencia a la cultura por unas bases racionales. Que lo entienda quien pueda. A mí me parece que debe sostenerse o una cosa o la otra.

»Y además: ¿No ha aprendido usted nada de la historia? Un intento parecido de relevar a la religión por la razón ya se hizo una vez, oficialmente y con toda solemnidad. ¿No recuerda usted la Revolución Francesa y a Robespierre? Pero acuérdesese también de lo efímero del experimento y su lamentable fracaso. Ahora se lo repite en Rusia, ni falta hace saber cómo terminará<sup>34</sup>. ¿No cree usted que tenemos derecho a suponer que el hombre no puede prescindir de la religión?

»Usted mismo ha dicho que la religión es algo más que una neurosis obsesiva. Pero de este, su otro aspecto, no se ocupó. Le ha bastado desarrollar la analogía con la neurosis. De una neurosis, es preciso liberar a los seres humanos. Y a usted no le preocupa todo lo demás que se pierda con ello».

Es probable que la apariencia de que incurro en contradicciones se haya generado por tratar demasiado rápidamente cosas complicadas. Algo podemos reparar. Sigo aseverando que mi escrito es por completo inocuo en un sentido. Ningún creyente se dejará extraviar en su fe por estos o parecidos argumentos. Un creyente siempre tiene ciertos tiernos lazos afectivos con los contenidos de la religión. Hay, es cierto, muchísimos otros que no son piadosos [creyentes] en el mismo sentido. Obedecen a los preceptos culturales porque los amedrentan las amenazas de la religión, y temen a esta mientras se ven precisados a considerarla una parte de la realidad que los limita. Son estos los que se desenfrenan tan pronto como pueden resignar la creencia en su valor de realidad, pero tampoco en este caso los argumentos ejercerán influencia alguna. Dejan de temer a la religión cuando notan que otros no la temen; y es acerca de ellos que afirmé que se enterarían de la ruina del influjo religioso aunque no publicara yo mi escrito.

Ahora bien, creo que usted mismo atribuye más valor a la otra contradicción que me reprocha. Los seres humanos son muy poco accesibles a los argumentos racionales, están totalmente gobernados por sus deseos pulsionales. ¿Por qué se les privaría entonces de una satisfacción pulsional, pretendiendo sustituirla por unos argumentos racionales? Es cierto que los seres humanos son así, pero, ¿se ha preguntado usted si tienen que ser así, si su naturaleza más íntima los fuerza a ello? ¿Podría el antropólogo

---

<sup>34</sup> [NT] Hoy en 2006, ni hace falta decir como terminó.

indicar el índice craneano de un pueblo que tiene la costumbre de deformar desde temprano la cabeza de sus niños mediante vendajes? Repare usted en el turbador contraste entre la radiante inteligencia de un niño sano y la debilidad de pensamiento del adulto promedio. ¿Acaso sería imposible que la educación religiosa tuviera buena parte de la culpa por esta mutilación relativa? Opino que pasaría mucho tiempo antes que un niño no influido empezara a forjarse ideas sobre Dios y cosas situadas más allá de este mundo. Quizá después esas ideas siguieran los mismos caminos que recorrieron en sus antepasados primordiales; pero no se aguarda a que se cumpla ese desarrollo, al parecer no se está muy seguro del mismo y se le aportan las doctrinas religiosas en una época en que ni le interesan ni tiene todavía la capacidad para aprehender conceptualmente su alcance. Dilación del desarrollo sexual y apresuramiento del influjo religioso: he ahí los dos puntos capitales en el programa de la pedagogía actual, ¿no es verdad? Así, cuando el pensamiento del niño despierta luego, ya las doctrinas religiosas se han vuelto inatacables. ¿Cree usted muy beneficioso para consolidar la función del pensamiento inteligente cerrarle un ámbito tan sustantivo mediante la amenaza de los castigos del infierno? No necesitamos asombrarnos mucho por la debilidad intelectual de alguien que fue llevado a admitir sin crítica todos los absurdos que las doctrinas religiosas le instilaron, y hasta a pasar por alto las contradicciones que ellas ofrecían. Y bien; no tenemos otro medio para gobernar nuestra pulsionalidad que nuestra inteligencia. ¿De qué manera confiamos en que alcanzarán el ideal psicológico, la primacía de la inteligencia, personas que están bajo el imperio de la prohibición de pensar? Como usted sabe, se dice y se repite que las mujeres en general sufren la llamada «imbecilidad fisiológica»<sup>35</sup>, es decir, tienen menor inteligencia que el varón. El hecho mismo es discutible, su explicación es incierta, pero he aquí un argumento que indicaría la naturaleza secundaria de esta mutilación intelectual: las mujeres están sujetas a la temprana prohibición de dirigir su pensamiento a lo que más les habría interesado, a saber, los problemas de la vida sexual. Puesto que desde muy temprana edad pesan sobre el ser humano, además de la inhibición de pensar el tema sexual, la inhibición religiosa y, derivada de esta, la de la lealtad política, de hecho nos resulta imposible decir cómo es él realmente.

Pero moderaré mi celo y admitiré la posibilidad de que también yo persiga una ilusión. Acaso el efecto de la prohibición religiosa de pensar no sea tan grave como yo lo supongo, acaso se demuestre que la naturaleza humana permanece idéntica aunque no se abuse de la educación para el sometimiento religioso. Yo no lo sé, y tampoco usted puede saberlo. No sólo los grandes problemas de esta vida parecen insolubles por ahora; también muchas cuestiones menores son de difícil respuesta. Pero concédame que en este punto se justifica una esperanza para el futuro, que quizás haya ahí por desentrañar un tesoro susceptible de enriquecer a la cultura, que merece la pena emprender el intento de una educación irreligiosa. Si resulta insatisfactorio, estoy dispuesto a abandonar la reforma y volver al juicio primero, puramente descriptivo: el hombre es un ser de inteligencia débil, gobernado por sus deseos pulsionales.

En otro punto coincido con usted, sin reservas. Es sin duda un disparatado comienzo pretender suprimir la religión violentamente y de un golpe. Sobre todo porque no ofrece perspectivas de éxito. El creyente no dejará que lo arranquen de su fe ni por medio de argumentos, ni de prohibiciones. Y sí se lo lograra en el caso de algunos, sería una crueldad.

Quien durante decenios ha tomado somníferos, no podrá dormir, desde luego, si le son quitados. En cuanto a la licitud de igualar el efecto de los consuelos religiosos a

---

<sup>35</sup> [NT] La frase se encuentra en MOEBIUS, P. J. (1903), *Über den physiologischen schwachsinniges Weibes*, 5ª ed., Halle.

los de un narcótico, cierto proceso que se desarrolla en Estados Unidos lo ilustra bellamente. En ese país se pretende ahora quitar a los hombres -sin duda bajo el influjo del gobierno de las mujeres- todos los medios de estímulo, de embriaguez y de goce, saturándolos, como resarcimiento, del temor de Dios. Tampoco en el caso de este experimento hace falta saber cuál será el desenlace<sup>36</sup>.

Por eso lo contradigo a usted cuando prosigue diciendo que el hombre no puede en absoluto prescindir del consuelo de la ilusión religiosa, pues sin ella no soportaría las penas de la vida, la dura y cruel realidad. Por cierto que no podría el hombre a quien usted ha instilado desde la infancia el dulce -o agridulce- veneno. Pero, ¿y el otro, el criado en la sobriedad? Quizá quien no padece de neurosis tampoco necesita de intoxicación alguna para aturdirse. Evidentemente, el hombre se encontrará así en una difícil situación: tendrá que confesarse su total desvalimiento, su nimiedad dentro de la fábrica del universo; dejará de ser el centro de la creación, el objeto de los tiernos cuidados de una Providencia bondadosa. Se hallará en la misma situación que el niño que a duras penas ha abandonado la casa paterna, en la que reinaba tanta calidez y bienestar. Pero, ¿no es verdad que el infantilismo está destinado a ser superado? El hombre no puede permanecer eternamente niño; a la postre tiene que lanzarse fuera, a la «vida hostil». Puede llamarse a esto «*educación para la realidad*» [y no “educación para la imbecilidad y el aturdimiento”]; ¿necesito revelarle, todavía, que el único propósito de mi escrito es llamar la atención sobre la necesidad de este progreso?

Usted teme, probablemente, que no soporte la dura prueba. Bien; al menos déjenos la esperanza. Ya es algo saber que uno tiene que contar con sus propias fuerzas; entonces se aprende a usarlas correctamente. Y además, el hombre no está desprovisto de todo socorro; su ciencia le ha enseñado mucho desde los tiempos del Diluvio, y seguirá aumentando su poder. En cuanto a las grandes fatalidades del destino, contra las cuales nada se puede hacer, aprenderá a soportarlas con resignación. ¿De qué le valdría el espejismo de ser dueño de una gran propiedad agraria en la Luna, de cuyos frutos nadie ha visto nada aún? Como campesino honrado, sabrá trabajar su parcela en esta tierra para nutrirse. Perdiendo sus esperanzas en el más allá [o al menos no fundando su vida en ellas], y concentrando en la vida terrenal todas las fuerzas así liberadas, logrará, probablemente, que la vida se vuelva más soportable para todos y la cultura resulte más sofocante de lo necesario. Entonces, sin lamentarse, podrá decir junto con uno de nuestros compañeros de incredulidad (*Unglaubensgenossen*):

«Dejemos los cielos  
a ángeles y gorriones»<sup>37</sup>.

---

<sup>36</sup> [NT] Freud se refiere a la Ley seca, es decir el período en que rigió en Estados Unidos la ley que prohibía la venta de bebidas alcohólicas (1920-1933).

<sup>37</sup> [NT] Tomado del poema de HEINE, *Deutschland* (sección I). La expresión “*Unglaubensgenossen*” (“*compañeros de incredulidad*”) fue aplicada por el propio Heine a Spinoza en lo que Freud, en su libro sobre el chiste (1905c), *AE*, VIII, p. 73-74, citó como ejemplo de un tipo especial de procedimiento humorístico.

## X

«Todo eso suena muy bien y grandioso. ¡Una humanidad que ha renunciado a todas las ilusiones y así se ha vuelto capaz de procurarse una vida soportable sobre la Tierra! Pero yo no puedo compartir sus expectativas. Y no por ser un obstinado reaccionario, como acaso usted me juzga. No, simplemente por prudencia reflexiva. Creo que ahora hemos intercambiado los papeles; usted se muestra como el visionario que se deja arrebatarse por ilusiones, y yo defendiendo la causa de la razón, el derecho al escepticismo. Lo que usted ha presentado me parece basado en errores que, siguiendo su mismo proceder, me es lícito llamar ilusiones, porque dejan traslucir sobradamente el influjo de sus deseos. Usted pone su esperanza en que nuevas generaciones que no hayan experimentado en su primera infancia el influjo de las doctrinas religiosas habrán de alcanzar con facilidad el anhelado primado de la inteligencia sobre la vida pulsional. Es sin duda una ilusión; la naturaleza humana difícilmente cambiará en este punto decisivo. Si no yerro -sabemos tan poco sobre otras culturas-, hoy mismo existen pueblos que no se crían bajo la presión de un sistema religioso, a pesar de lo cual no se acercan más que otros al ideal de usted. Si pretende eliminar la religión de nuestra cultura europea, sólo podrá conseguirlo mediante otro sistema de doctrinas, que, desde el comienzo mismo, cobraría todos los caracteres psicológicos de la religión, su misma sacralidad, rigidez, intolerancia, y que para preservarse dictaría la misma prohibición de pensar. Usted no puede prescindir de algo así para cumplir con los requisitos de la educación. Ahora bien, a esta no puede usted renunciar. El camino que va del lactante al hombre civilizado [de cultura] es largo y difícil; demasiadas criaturas se extraviarían en él y no madurarían para cumplir con las tareas que les depara la vida si se las abandonara, sin guía, a su propio desarrollo. Y las doctrinas que se emplearán en su educación seguirían poniendo barreras al pensar de sus años más maduros, exactamente lo que usted reprocha hoy a la religión. ¿No se percata de que es un imborrable defecto congénito de nuestra cultura, de toda cultura, imponer al niño apasionado y de corto entendimiento unas decisiones que sólo puede justificar la inteligencia ya madura del adulto? Sin embargo, es imposible evitarlo, puesto que el desarrollo secular de la humanidad tiene que comprimirse en un par de años de la niñez, y sólo unos poderes afectivos pueden mover al niño a dominar las tareas que se le plantean. He ahí, por tanto, las perspectivas de su “primado del intelecto”.

»No se asombre usted si me pronuncio en favor de mantener el sistema doctrinal de la religión como base de la educación y de la convivencia humana. Es un problema práctico, no una cuestión relativa al valor de realidad. Puesto que en el interés de conservar nuestra cultura no podemos aguardar para influir sobre el individuo hasta que esté maduro para ella -muchos no lo estarían nunca-, nos vemos precisados a imponer a la criatura en crecimiento algún sistema de doctrinas destinado a obrar sobre esta como una premisa sustraída a la crítica; y el sistema religioso me parece con mucho el más apto para ello, desde luego, justamente por su virtud consoladora y realizadora de deseo, en que usted ha discernido la “ilusión”. Teniendo en cuenta lo dificultoso que es discernir algo real, y aun la duda acerca de si nos es posible hacerlo, no olvidemos que también las necesidades humanas son una parcela de la realidad, y por cierto una parcela importante, que nos toca particularmente.

»Hallo otra ventaja de la doctrina religiosa en una de las peculiaridades de esta que parece repugnarle especialmente a usted. Permite una purificación y sublimación notables, en que puede eliminarse la mayor parte de lo que lleva en sí la huella del pensar primitivo e infantil. Lo que resta es un puñado de ideas que la ciencia ya no

contradice y tampoco puede refutar. Estas transformaciones de la doctrina religiosa, que usted ha condenado como medias tintas y compromisos, hacen posible salvar el abismo entre las masas incultas y el pensador filosófico, conservan la comunidad entre ellos, comunidad tan importante para la seguridad de la cultura. Y así no es de temer que el hombre de pueblo se entere de que los estratos superiores de la sociedad “ya no creen en Dios”. Considero haber demostrado, entonces, que el empeño de usted se reduce al intento de sustituir una ilusión probada y rebosante de valor afectivo por otra no probada e indiferente».

No me hallará usted inaccesible a su crítica. Sé cuán difícil es evitar ilusiones; acaso también las esperanzas que yo profeso sean de naturaleza ilusoria. Pero insisto en una diferencia. Mis ilusiones -prescindiendo de que el hecho de discrepar con ellas no importa castigo alguno- no son incorregibles, como las religiosas, no poseen el carácter delirante. Si la experiencia llegara a enseñar -no a mí, sino a otros que vengan después y piensen como yo- que nos hemos equivocado, renunciaremos a nuestras expectativas. Es que usted debe tomar mi intento como lo que es. Al formular juicios sobre el desarrollo de la humanidad, un psicólogo que no se llama a engaño sobre lo difícil que resulta arreglárselas en este mundo tratará de hacerlo de acuerdo con la partícula de intelección que ha obtenido mediante el estudio de los procesos anímicos que se operan en el individuo en el curso de su desarrollo de niño a adulto. Así se le impone la concepción de que la religión es comparable a una neurosis de la infancia, y es lo bastante optimista para suponer que la humanidad superará esa fase neurótica como tantos niños dejan atrás, con el crecimiento, su parecida neurosis. Es posible que estas intelecciones tomadas de la psicología individual sean insuficientes, injustificado transferirlas al género humano, infundado el optimismo; le concedo a usted todas esas incertidumbres. Pero es cosa corriente que uno no pueda abstenerse de decir lo que piensa, de lo cual se disculpa no atribuyéndole más valor que el que posee.

Aún quiero demorarme en otros dos puntos. En primer lugar, la debilidad de mi posición no significa un refuerzo para la suya. Opino que defiende usted una causa perdida. No importa cuán a menudo insistamos, y con derecho, en que el intelecto humano es impotente en comparación con la vida pulsional. Hay algo notable en esa debilidad; la voz del intelecto es leve, pero no descansa hasta ser escuchada. Y al final lo consigue, tras incontables, repetidos rechazos. Este es uno de los pocos puntos en que es lícito ser optimista respecto del futuro de la humanidad, pero en sí no vale poco. Y aun pueden sumársele otras esperanzas. El primado del intelecto se sitúa por cierto en épocas futuras muy, pero muy distantes, aunque quizá no infinitamente remotas. Y como es posible que se proponga las mismas metas cuya realización espera usted de su Dios a la medida humana, desde luego, hasta donde lo permita la realidad exterior, el amor entre los seres humanos y la limitación del padecimiento, tenemos derecho a decir que nuestro enfrentamiento es sólo provisional, no es inconciliable. Nosotros esperamos lo mismo, pero usted es más impaciente, más exigente y -¿por qué no decirlo?- más egoísta que yo y que los míos. Usted pretende que la bienaventuranza empiece en seguida tras la muerte, le pide lo imposible y no quiere resignar la demanda de la persona individual. Nuestro Dios Λόγος<sup>38</sup> realizará de esos deseos lo que la naturaleza fuera de nosotros nos consienta, pero muy paso a paso, sólo en un futuro impredecible y para nuevas criaturas humanas. No nos promete una recompensa para nosotros, que penamos duramente en la vida. En el camino hacia ese lejano futuro tenemos que dejar de lado las doctrinas religiosas de usted, no importa si fracasan los primeros intentos, no

---

<sup>38</sup> Los dioses gemelos Λόγος [*Logos*, la razón] y Ανάγκη [*Ananké*, la necesidad objetiva] del autor holandés MULTATULI (seudónimo de E. D. Dekker) [Cf. MULTATULI, 1906, *Multatuli-Briefe*, 2 vols.]

importa si resultan insostenibles las primeras formaciones sustitutivas. Usted sabe por qué: a la larga nada puede oponerse a la razón y a la experiencia, y la contradicción en que la religión se encuentra con ambas es demasiado patente. Tampoco las ideas religiosas purificadas podrán sustraerse de ese destino mientras pretendan salvar algo del contenido consolador de la religión. Es cierto que si se limitan a afirmar la existencia de un ser espiritual supremo, cuyas propiedades son indefinibles y cuyos propósitos son indiscernibles, estarán a salvo del veto de la ciencia, pero sin duda las abandonará el interés de los hombres.

Y en segundo lugar: Advierta usted la diferencia entre su conducta y la mía frente a la ilusión. Usted se ve obligado a defender con todas sus fuerzas la ilusión religiosa; si ella pierde valor -y está, en verdad, bastante amenazada-, el mundo de usted se arruina, no le resta más que desesperar de todo, de la cultura y del futuro de la humanidad. Libre estoy, libres estamos nosotros de esa fragilidad. Como estamos dispuestos a renunciar a buena parte de nuestros deseos infantiles, podemos soportar que algunas de nuestras expectativas demuestren ser ilusiones.

La educación emancipada de la presión de las doctrinas religiosas impuestas acaso no cambie mucho la esencia psicológica del ser humano; nuestro Dios Λόγος quizá no sea tan omnipotente y cumpla sólo una pequeña parte de lo que sus predecesores habían prometido. Si hubiéramos de llegar a entender esto último, lo aceptaremos con resignación. Mas no por ello perderemos el interés por el mundo y por la vida, pues en un lugar tenemos un firme punto de apoyo que a usted le falta. Creemos que el trabajo científico puede averiguar y enseñarnos algo acerca de la realidad del mundo, a partir de lo cual podemos aumentar nuestro poder y organizar mejor nuestra vida. Si esta creencia es también una ilusión, estamos en la misma situación que usted, pero la ciencia, por medio de numerosos y significativos hechos, nos ha probado que no es una ilusión. Ella tiene muchos enemigos francos, y en mayor número todavía solapados, entre quienes no le pueden perdonar que despotenciara a la fe religiosa y amenazara derrocarla. Se le reprocha que nos ha enseñado muy poco y que es incomparablemente más lo que ha dejado en la oscuridad. Pero se olvida lo joven que es, lo trabajoso que fueron sus comienzos, y la pequeñez casi evanescente del lapso transcurrido desde que el intelecto humano se irguió a la altura de sus tareas. ¿No erraremos todos por fundamentar nuestros juicios en lapsos demasiado breves? Podríamos tomar el ejemplo de los geólogos. La gente se queja de la incerteza de la ciencia porque hoy proclama una ley que la próxima generación discernirá como error y remplazará por otra, de validez igualmente efímera. Pero eso es injusto y en parte falso. Los cambios de las opiniones científicas son desarrollo, progreso, no ruina. Una ley que primero se juzgó incondicionalmente válida demuestra ser un caso especial de una legalidad más comprensiva, o es restringida por otra ley de la que sólo se tomó conocimiento luego; una aproximación grosera a la verdad es sustituida por una que se le adecua mejor, la cual a su vez aguarda un ulterior perfeccionamiento. En diversos ámbitos no se ha superado todavía una fase de la investigación en que se ensayan hipótesis que pronto deberán desestimarse por insuficientes; en otros, empero, hay ya un núcleo de conocimiento cierto y casi inmodificable. Por último, se ha intentado desvalorizar radicalmente el empeño científico mediante la consideración de que, atado a las condiciones de nuestra propia organización, no puede ofrecer nada más que resultados subjetivos, en tanto le es inasequible la naturaleza efectivamente real de las cosas exteriores a nosotros. Así se omiten algunos factores que son decisivos para la concepción del trabajo científico: que nuestra organización, vale decir, nuestro aparato anímico se ha desarrollado justamente en el empeño por escudriñar el mundo exterior, y por tanto tiene que haber realizado en su estructura alguna adecuación al fin; que él

mismo es un componente de ese mundo que debemos explorar, y sin duda alguna consiente tal explotación; que la tarea de la ciencia queda bien circunscrita si la limitamos a mostrar cómo el mundo tiene que aparecérsenos a consecuencia de la especificidad de nuestra organización; que los resultados finales de la ciencia, justamente a causa del modo de su adquisición, no están condicionados sólo por nuestra organización, sino por aquello que ha producido efectos sobre esta; y, por último, que el problema de la constitución que el mundo tendría prescindiendo de nuestro aparato anímico percipiente es una abstracción vacía, carente de interés práctico.

No; nuestra ciencia no es una ilusión. Sí lo sería creer que podríamos obtener de otra parte lo que ella no puede darnos.